

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

tras su propia pista

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

TRAS SU PROPIA PISTA

Colección PUNTO ROJO n.º 444

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 32.623 -1970

Impreso en España-Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1970

© **PETER DEBRY-1970**

sobre la parte literaria

© **RAFAEL GRIERA -1970**

sobre la cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.
A. Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.159. —Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.032. —Un tigre, tres ingenuas.

En Colección BÚFALO:

870. —Grabado al plomo.

En Colección CALIFORNIA:

714. —Dúo para sogas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

462. — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

441. — La secta de Dalila.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

640. — Lobos con espuelas.

CAPÍTULO PRIMERO

«La vida era sabrosa», pensó Lionel Morgan con euforia. Esta idea le acometía siempre que, terminado un reportaje difícil, se consideraba con legítimo derecho para disponer de tres días enteros de total inactividad.

Este derecho a tres días de haraganería era un convenio establecido con Alex Kristen, director y dueño de la Agencia Informativa Comercial de la calle Cincuenta y Nueve, junto a Central Park.

Y ahora estaba lejos del ruidoso Nueva York en aquella playa de Coral Gables, donde la existencia era una pura delicia.

Había ya enviado su documentado informe final, resolviendo el difícil reportaje que le llevó hasta Miami, atareándole con continuos viajes por la costa desde dos meses antes.

La Agencia Informativa Comercial debía muchos de sus triunfos en el descubrimiento de aventureros solapados bajo la apariencia de financieros sin tacha, a Lionel Morgan.

El periodista «de choque» de la Agencia Kristen, como le llamaban en los organismos policíacos.

Y en aquella magnífica mañana, Lionel Morgan aspiró a pleno pulmón la brisa salobre. Al mediodía, en respuesta a su telegrama recibiría el giro telegráfico que durante tres días le permitiría considerarse un opulento millonario en vacaciones.

El reportaje resuelto la noche anterior adornaba su ceja izquierda con un esparadrapo, y le dolían los nudillos de la mano izquierda. Pero le aseguraba la prima convenida. Y cinco mil dólares daban mucho de sí, aunque fuera en Miami.

Se sentó en la terraza del Seabreeze. Un confortable desayuno y la visión de alguna bañista matinal, eran elementos que elevaban el ánimo a propicias divagaciones optimistas.

El viejo Kristen era un escandinavo listo. Le había sabido contratar. La modestia la consideraba Morgan una hipocresía superflua. Tenía que admitir cómo verdades axiomáticas las que saltaban a la vista.

Era un muchacho guapo, inteligente y decidido. Se lo habían dicho así

muchas, primero veladamente, después entre insultos más o menos floridos.

No tenía la culpa si enamorándose súbitamente, se ponía muy sincero. Y si después, convencidas ellas, a él le era imposible sostener la llama ardiente del primer fogonazo, tampoco era su culpa.

Tal vez se debería a incapacidad de enamorarse de veras, o que no había dado aún con la que supiera ayudarle a prolongar el primer chispazo y convertir el cohete en brasero.

Cuando terminó de desayunar, sacó libreta y bolígrafo. Le gustaba hacer cálculos previsores que luego se quedaban en esto. Cifras en un papel. Anotó radiante:

«Cinco mil pavos.»

No había nadie por las cercanías. Y era más fácil entenderse consigo mismo, hablándose:

—Si te quedas por esta playa, adiós los cinco mil, capullo. Por una vez procura ser sensato. Apenas palpes los billetes, de cabeza al Banco. Depositas tres mil en transferencia a Nueva York. Y con el resto ya puedes pasarlo fenómeno:

Escribió:

«Transferencia inmediata de dos mil quinientos.» —Aquel balandro que te vendían en los Hampton por dos mil, era algo formidable, Lionel. Serías un chico listo, si apenas recibido el dinero, te metes en un avión y directo a Nueva York. Vas primero a Long Island, pagas el balandro y lo matriculas a tu nombre. Y serías todo un tío listo si a la vez que compras el balandro, pagas el año de alquiler con opción a compra de aquella barraca de la colina de pinos. La gloria, Lionel.

Elevó los ojos al cielo y se conminó enérgico:

—Hay que ser fuerte de voluntad. Apenas cobres, allá. Porque si te quedas, ya sabes... Tres días de infames orgías, nadando en la opulencia cretinesca, y después ¿qué? La cabeza como una bola de plomo, la boca de corcho y el regreso sin una lata al despacho de Alex Kristen.

Fue dibujando lo que quería ser un balandro. Después un bulto deforme con púas quería representar una colina con pinos. Se apostrofó:

—¡ Serás un abyecto capullo si no tomas el avión de las tres! Un balandro y una choza romántica. Todo tuyo, Lionel. ¿Qué tal, eh?

Lo que reforzó altamente su escasa decisión, fue recibir con los cinco mil dólares convenidos, un telegrama. Un telegrama poco formal, ya que el viejo Kristen no respetaba el contrato que estipulaba tres días completos de holganza, cada vez que un reportaje quedaba ultimado.

Y después de cincuenta y cinco días con sus noches de afanosa tarea de hurón fisgoneador, recibía aquel telegrama tiránico:

«Urgente inmediata presencia para informar personalmente.

Morgan estrujó repetidamente el telegrama arrugado en su palma derecha. Aquellas contracciones eran un buen ejercicio muscular. Fortalecían el antebrazo y calmaban.

Le iba a cantar las cuarenta al viejo Kristen. Además, iría cuando marcara la tabla. El contrato era claro. Tres días de absoluto reposo.

Pero a las dos de la tarde, Morgan coordinaba las exigencias del telegrama y su vacilante aspiración a no malgastar sus cinco mil dólares.

Y cuando el avión aterrizó en el aeródromo neoyorquino, decidió no presentarse como un esclavo sumiso en el despacho de la calle Cincuenta y Nueve.

Tomó el autocar para los Hampton al sur de Long Island. Disfrutó mucho durmiendo en una posada marinera, pensando en el radiante amanecer, cuando entregase los dos mil en el pequeño astillero famoso por su pericia en la construcción de balandros. Y después iría al agente de fincas, en visita de futuro propietario.

Ya que estaba comportándose con tanta sensatez, como previsor del porvenir, era una magnífica inversión pagar tres años de alquiler.

Aquella casita, dominando la playa más frecuentada de Long Island, en su parte sur, podía ser en un futuro el arranque e inicio de grandes negocios urbanizadores.

Ganar dinero y a la vez divertirse. Pilotar su balandro, llevando de preferencia pasajeras previo pago, y alquilar en subarriendo, para los veraneantes, las siete habitaciones sobrantes del segundo cuerpo de casa. El residiría en el pequeño pabellón.

Un negocio claro y de su gusto. Sol, cuando lo hubiera, pero siempre mar, aire puro y dinero fácil.

Claro que también era entretenido ser el periodista de choque de la Kristen.

Fue con una gran euforia triunfante como pisó la calle Cincuenta y Nueve. Le quedaban doce dólares en el bolsillo, pero era propietario de un balandro ideal, un varadero privado, la casa de la colina, suya por tres años, y tal vez para siempre, si en este tiempo reunía el resto hasta la nuda propiedad.

Y con la casa, un simpático pescador canoso y filósofo, como guardián.

La gloria.

Y con paso enérgico, atravesó el corredor hasta empujar la puerta de acceso del personal de la Agencia Informativa Comercial.

Casi dos meses sin visitar aquel elegante antro, de atareados oficinistas. Llegaba ya a la barrera tras la que a dos pasos estaba el cristal opaco:

La empujó para revolverse como picado por una avispa. La voz avinagrada de la secretaria personal del viejo Kristen, que no le podía ver ni en pintura, sentimiento que era recíproco.

—He de anunciarle, Morgan —decía aquella pesadilla chismosa.

—¿Anunciarme a mí? ¿Desde cuándo, carita de nubarrón? Sospecho que usted finge saber leer, pero cabe la posibilidad de que sólo sepa escribir. Ayer me citó el viejo, ¿no?

—En estos momentos hay una visita en el despacho.

—Oiga, tiene usted aspecto de gata refocilándose. ¿Por casualidad encontró a un temerario varón que la propuso formar un hogar con vajilla plástica?

—Sus chistes sólo usted se los ríe, Morgan. Ha habido cambios en la casa. Y creo que para mejorar... Puede pasar. Acaba de aparecer en el cuadrante la luz de salida de la visita.

—Pasaré, mi estimada doncella a la fuerza, no sin antes manifestarle por enésima vez mi profunda antipatía. Usted se equivocó conmigo y fue diciendo cosas que no eran. Yo al menos digo cosas que son.

Con infantil deleite, Morgan hizo una pausa y en el expectante silencio de los teclados inactivos, resonó amplificado el vibrante zumbido de la lengua que Morgan hizo asomar por entre los labios.

—La trompeta china, Wing Ling Chinga —rió Morgan hacia la secretaria de rostro achinado.

Y alzó las dos manos entrelazadas como un boxeador victorioso, hacia los oficinistas. La secretaria murmuró:

—Reirá bien quien ría el último, joven estúpido.

Lionel Morgan ya se había otorgado su ración de guasa cotidiana. Ahora venía la parte seria. Empujó la puerta de acceso al despacho.

Le iba a demostrar al viejo escandinavo, que él no era un bacalao enlatado. Se detuvo asombrado.

En el sillón no reposaba la humanidad corpulenta de Alex Kristen, sino una deliciosa filigrana.

No era una visita. Ocupaba el sillón del jefe. Rubia, sonrosada, primaveral. Un encanto de criatura. Aunque le estuviera mirando como si oliese mal.

Avanzó manifestando:

—Oiga, si es la secretaria muy privada del viejo lobo, felicito al viejo, pero es excesiva la comodidad que se toma usted. En la puerta dice: «Alex Kristen». Y es a él a quien vengo a ver. Aunque, en horas extraordinarias, si me da usted su teléfono... ¿Qué pasa conmigo? Me mira como si tuviera lepra o ictericia.

—¿Quiere sentarse, por favor, señor Morgan?

—¿Dónde? La única sentadera buena la acapara usted.

—Tengo aquí su expediente personal, Lionel Morgan. Por ahora queda demostrado cierto párrafo que asegura que usted es descarado, charlatán, agresivo, vulgar y engreído.

—Toma del frasco... Sopla con el parrafito. Pero también dirá algún párrafo que esta agencia se sostiene con superávit gracias a mi talento. Inscriba con este bonito bolígrafo de oro una nota marginal que diga... «Además el señor Morgan no es vanidoso, sino adecuadamente orgulloso». Y hablando de todo un poco, pregunto con galante cortesía: ¿quién demonios es usted?

—Lisbet Kristen, dueña y directora de esta agencia desde finales del mes pasado.

—Buen principio de día —sonrió Morgan ácidamente, sentándose y pasando la palma por la madera de la mesa—. Aquí ya no hay polvo. ¿Qué tal, señora Kristen? ¿Está usted bien de salud?

—Le participo que mi padre me prohibió que visitase esta agencia, pero me fue imponiendo en su funcionamiento. Pocos días después que iniciase usted el reportaje recientemente terminado, acudí a diario. El médico recomendó una larga cura de reposo a mi padre, cuya artritis se agravó. Está en un balneario de Vermont. No quiso que le fuera comunicado el cambio de dirección. Yo acepté dirigir si me firmaba una cesión por un año. Cesión completa, con independencia de mando mío. La firmó.

—Vaya, debe estar muy grave el viejo Alex. Pero al menos ya sé que él cumplió el contrato. Fue usted quien me puso el telegrama.

—La señorita Jenkins.

—Un loro chino con lengua de cotorra rabiosa la tal señorita.

—He de participarle, Morgan, que su estilo me desagrada mucho.

—Rasque la cal de la fachada y encontrará oro puro.

—No es varonil hacer burla de la señorita Jenkins. Acabo de verle en su poco gallarda mueca propia de un pillete algo gamberro. Usted ya es mayorcito, Morgan.

—Veintisiete años boyantes, y si la Jenkins no hubiera empezado a sabotearme el terreno con insidias, no existiría la guerra fría. Precisamente por mi abundancia de extracto varonil, me limito a sacarle la lengua en vez de arrancarle la suya. Y a todo eso, ¿de qué estamos hablando, joven Kristen? No he interrumpido mis tres días de vacaciones para venir a comadrear sobre Jenkins y mi mayor o menor virilidad.

—He estudiado su expediente y su contrato. La cláusula referente a estos tres días de licencia queda cancelada, ya que en una cláusula anterior se especifica que al cambiar de dueño y dirección esta agencia, Se establecerá un nuevo contrato, previo acuerdo o indemnización de dos meses de sueldo, sin dietas de viaje.

—El viejo debió comunicarme que estaba yo trabajando para una principianta. No se ofusque, Lisbet Kristen. Yo ingresé en el cuerpo de

detectives de la criminal del distrito octavo, a los catorce, como barrendero y abridor de puertas. Por ser huérfano de padre policía, a los dieciséis ascendí a abrecoches. A los veinte, recibía ya confesiones más o menos sinceras, como mecanógrafo. Pasé a gacetillero, y a los veinticuatro pedí la excedencia al ofrecerme el viejo Alex un contrato decente. En estos tres años transcurridos, esta agencia ha triplicado los ingresos.

—Sus méritos no los discuto.

—Entonces no ponga carita de arcángel juez ante un réprobo, y sonría un poco.

—No hallo motivos para sonreír. En este expediente consta su inmodestia, su rebelde actitud, su escandalosa vida privada y su afición a la bebida.

—Razones por las que pedí la excedencia. Para no someterme a disciplinas, ni horarios ni mandamases. Así me luce el pelo, que nunca tengo una gorda segura, pero por lo menos no agarro úlceras, sometiéndome a un régimen de trabajo normal y productivo, pero que no tengo el suficiente heroísmo anónimo de acatar.

—Si hemos de renovar el contrato, Morgan, tengo que ponerle en antecedentes de varias premisas.

—Se nota que ha estado en colegio de pago, Lisbet. Échele salivilla a la primera premisa. A lo mejor ya sobrarán las otras.

Lisbet Kristen acentuó la firmeza del tono.

—Sus fáciles conquistas no le permiten diferenciar entre hablar a una señorita y guiñarle los ojos a una corista, Morgan. Le exijo corrección.

—Adiós... Ya llegó la palabra: «Exijo». Escuche, guapa. Si una mujer de sus muchos y sobresalientes encantos, quiere mandar en Lionel Morgan lo convertirá en su esclavo con una simple sonrisa. Pero con «exijos» no trago contrato.

—Si lo rescinde, perderá el derecho a indemnización.

—¡Rescindido ya mismo! Pero atienda, guapa... El viejo volverá, y entonces sí que trabajaré para la Kristen. Pero a mí no me manda, con cara de fiscal, una niñata principianta que se cree que puede llevar este negocio porque unas monjas la enseñaron a bordar, tocar el piano y decir monsieur, madame. Mi nueva dirección aquí se la apunto.

Lisbet Kristen, fruncidas las cejas, comentó:

—Quizá el llevar un apellido famoso por el Caribe le hace suponerse muy superior, Morgan.

—Es que lo soy. Al menos a usted y por lo que se refiere a este negocio. Cuando quiera contratarme a base de sonrisa y cordiales insultos a mi vulgaridad, ya sabe dónde anido. Beso su mano y quedo a sus pies, Lisbet.

—Siga usted bien, Morgan. Al pasar por secretaría, firme su renuncia.

—¡Y un rábano! Yo salgo por la puerta de las visitas. Adiós. Volveré cuando usted se empolle un manual de simpatía y arte de tratar a los

botarates como yo. O cuando regrese el viejo lobo.

Ya cerca de la puerta destinada a salida de visitas, volviéndose, añadió Morgan:

—De todos modos y entre nosotros, Lisbet, está usted estupenda. Las cosas como sean.

Una fría sonrisa despectiva frunció los carnosos labios.

—Su caso personal es evidente, Morgan. Se supone gracioso y obligado a demostrar que es todo un valiente con vulgaridades de léxico.

—¿Léxico? Rediez... ¿Es palabra noruega o lapona? A usted sí que la he calado. Está influida por el cotorro chino llamado Sara Jenkins. Tengo defectos y no los niego nunca, pero... Bueno, cuando usted aprenda a ser menos colegiala petulante y más mujer psicóloga, mándeme recado.

—Usted es un libro abierto, señor Morgan. Borrachín, mujeriego, fanfarrón... Discúlpeme, pero me he acalorado, señor Morgan.

—¿Acalorarse usted? Pero si es un témpano, mujer.

—Muy buenos días tenga usted, señor Morgan.

—Adiós, guapa.

Ya en la calle, respirando con menos fragor, decidió Morgan que antes de vivir de la pesca en la libre naturaleza de los Hampton, tenía que despedirse de la ciudad con una fiesta succulenta y sonada.

—Con los ciento diez que me debe Jackie bastarán. ¡Maldita niñata! Parrafitos de nena distinguida, muecas de asquito... ¡Exijo! Y señor Morgan por aquí, señor Morgan por acá, con retintín de insulto. Ya lo sé que no soy un señor. No, no va con usted, amigo. Es que hablo solo, ¿sabe? ¡Eh, taxi!

Jackie devolvió los ciento diez.

Porque había cobrado una paga extraordinaria de sargento del cuerpo de oficial de detectives no hacía ni dos días.

Y Lionel Morgan empezó a despedirse de Nueva York, capital, con una parranda a su modo y estilo. Una fiesta «sonada».

CAPÍTULO II

Una fiesta muy sonada. Eso era lo primero que asoció Lionel Morgan en su despertar tardío, al efectuar varias comprobaciones.

La primera con respecto al plomo en que parecía haberse troquelado su cabeza, y en el corcho que estuchaba su boca.

Llegó a la ingrata conclusión que de nuevo había medido mal las exiguas distancias entre la penúltima copa, la espuela y el martillo pilón.

Sentado en la cama, sosteniéndose el pesado cráneo entre las manos, respaldado en los barrotes de acero de la cabecera, trató de reconocer el lugar en que se hallaba.

Era una alcoba, puesto que había una cama, y los demás utensilios propios de tal dependencia.

Veía la puerta que entreabierta daba acceso a un cuarto de baño. Pero todo era desconocido para él.

Decidió que lo más urgente era llegarse hasta el benefactor chorro de agua del lavabo.

Sonrió con desprecio de sí mismo, para con paso muy cuidadoso, porque cada taconazo levantaba martillos que le clavaban mil alfileres en el cuero cabelludo, dirigirse hacia el cuarto de baño.

Sólo se había quitado la americana, los zapatos y aflojado el nudo de la corbata. Era vergonzoso, pero de momento inevitable.

Cuando bajo el chorro se refrescó cara y nuca, bebiendo a ansiosos chupetones, intentó en vano recordar la razón por la que se hallaba en una habitación, tras cuyas dos puertas, la de la alcoba y la del cuarto de baño, existía un letrero, con instrucciones para los señores clientes.

Secándose con vigor, comprobó que llevaba en la muñeca su reloj, por suerte, sumergible, hermético, irrompible y demás cualidades apropiadas a su dueño.

Marcaba las cinco y andaba. Eran, pues, las cinco de la tarde. Se alzó, y poniendo orden en la botonadura de su camisa, levantó de su horquilla el teléfono sobre la mesita de noche.

Una habitación aseada, casi lujosa. Alguien al otro lado del hilo interrogó muy respetuoso, tras un saludo de agradable cordialidad:

—Muy buenas tardes, señor. ¿El señor desea que le sirvan algo?

—Sírvanme un camarero inteligente. Gracias.

Ahorquilló. Fue al espejo del armario para examinarse el rostro. Le hacía falta un afeitado.

En el interior del armario colgaba su americana, cubriendo su tirante-pistolera. El sombrero algo deformado, estaba en el compartimiento alto.

Fue a abrir, y no era un camarero, sino un elegante sujeto el que entrando, saludó de nuevo:

—Muy buenas tardes, señor Morgan. ¿En qué puedo servirle?

—¿Usted quién es, amigo?

—Elia Olgersson, gerente y socio de este parador, señor Morgan.

—Celebro conocerle, Olgersson. Tiene usted aspecto de hombre diplomático. No soy ningún amnésico, pero el caso es que ignoro por completo el motivo por el que acabo de despertarme en su hotel.

—El Holm Stock, señor Morgan. Se inscribió usted hacia las cinco de la madrugada, señor Morgan. He consultado el registro, ya que de noche no presto servicio a partir de las once.

Elia Olgersson lucía una amistosa pero limitada sonrisa.

Un rubio platinado, atildado, de amplias espaldas y miembros pesados, que un buen sastre lograba disimular. Unos cuarenta años.

Morgan titubeó un poco, pero se decidió:

—¿He dado alguna nota falsa al inscribirme, Olgersson? Quiero decir si armé alguna trifulca.

—En absoluto, señor Morgan. En el parte de relevo, mi socio hace constar únicamente, que hacia las cinco, usted bajó de un taxi, que despidió, y solicitó alojarse inscribiéndose, terminado lo cual pidió que le condujeran a su habitación, sirviendo en ella un doble de whisky, y dando orden de no ser importunado hasta que se despertase.

Respiró con cierto alivio Morgan. Dijo:

—Bien, pues ya me he despertado. Prepáreme la cuenta y pídamme un taxi.

—Al instante, señor Morgan.

El rubio platino abandonó la habitación y Morgan fue a descolgar la americana, haciendo cálculos mentales.

Recordaba que el sargento detective Jack Burns le había devuelto los ciento diez que añadidos a sus doce, le habían permitido dirigirse a cenar al Glory.

Sujetaba el broche de su tirante, cuando le acudió un triste pensamiento. Seguramente estaría limpio.

Y en el acto de la presentación de la factura tendría que telefonar a cualquier conocido, para que se hiciera solidario de su deuda contraída con Elia Olgersson, gerente diurno y socio del parador Holm Stock.

Sería de un descabellado optimismo suponer que pagado el taxi, o firmado un reconocimiento de deuda al chófer que le había traído al Holm

Stock, le quedara un solo centavo de los ciento veintidós con que había iniciado su despedida de Nueva York, capital, y de la agencia Kristen.

Colocado el sombrero y abrochándose la americana, abandonó la habitación, rebuscando por pura fórmula en sus bolsillos.

Estaba su lapicero, su pluma, su carnet, su agenda, el llavero, la cartera con el contrato de alquiler por tres años con opción a compra del chalet al sur de Long Island, así como el recibo que le convertía en propietario de un balandro susceptible de conversión en canoa-motor, si se aburría de la vela.

Un pañuelo, un cuchillo de múltiples usos. Y como había imaginado, ni un centavo. Limpio como una escopeta de cazador furtivo.

Aquel parador tenía un amueblado de casa particular, con detalles de buen gusto, exóticos. Grabados, panoplias de pipas raras...

Y cuando bajaba las escaleras, Lionel Morgan se examinó el botón de la americana. ¿Por qué no acababa de quedar bien el ajuste de las solapas?

Algo atirantaba. No solía llevar nada en el bolsillo trasero del pantalón, y sin embargo, al palpar comprobó un bulto excesivo.

Se detuvo en el rellano, introdujo la mano y sacó un paquete cuadrado. Lo miró con curiosidad. Un paquete grueso, dentro de un sobre cerrado, blanco, sin mención alguna.

Le dolía demasiado la cabeza. Estudiaría por deducciones el porqué de la presencia en su bolsillo posterior del pantalón de aquel sobre que parecía contener una novela, o periódicos doblados.

Llegando al vestíbulo, vio tras el mostrador a Elia Olgersson. A la izquierda, un bar de sencilla distinción, con algunas parejas, distribuidas estratégicamente para verse, pero no oírse entre ellas.

Un *barman* y dos camareros.

A la derecha, el comedor. Y en la salida, de puerta giratoria, bajo el toldo, un gigantesco portero, rojo vivo en su uniforme impecable.

Un rojo vivo que destacaba tanto más cuanto que al fondo era de un límpido azul la línea del mar. Los Hampton de Long Island.

Comprendió por deducción que al sentirse próximo al K. O. por excesivas ingestiones, sintió deseos de aproximarse a sus nuevos dominios como propietario. Corno propietario consciente que no quiere que sus vecinos más o menos lejanos le vean inaugurar una vida deportiva en estado lastimoso.

—Usted es hombre de mundo, Olgersson. Existe un problema.

—Usted dirá, señor Morgan —invitó amablemente Olgersson.

—Resulta que anoche me comporté como un niño malo. Y estoy sin fondos.

—¡Por favor, señor Morgan! Hónreme solicitando lo que precise.

—Gracias, Olgersson. Bastará que me permita firmar la cuenta, y que

me la remitan para el pago, mañana, a esta dirección, que anoto. Es la casa que he alquilado en Jones Beach.

—La inscribió esta madrugada, señor Morgan. Mi socio liquidó la cuenta del taxímetro.

—Vaya... No se formen mal concepto por este debut mío en su agradable hotelito, Olgersson.

—Si me permite la confianza, señor Morgan, también yo he celebrado algunas veces acontecimientos hasta el fin natural. Tiene el taxi a la puerta, señor Morgan, y espero tener el honor de volverle a ver por esta su casa.

En el interior del taxi, Morgan meditó que los escandinavos naturalizados o no, eran excelentes hoteleros. Dio al chófer la dirección del sargento Jack Burns.

Como decía el sargento Burns: «Hoy por mí, mañana por ti». Le pediría doscientos dólares, aprovechando que tenía dos pagas frescas.

La carrera desde la playa de los Hampton donde estaba el Holm Stock hasta la capital, le iba a costar unos diez dólares, pero no había más remedio.

En lo sucesivo iba a tener una voluntad férrea. Una cura de aire resinoso, baños de mar y abstención total de alcohol, le regeneraría.

Era lastimoso que, como en otras ocasiones, su cerebro que carburaba espléndidamente con sólo un par de copas, se atrofiara hasta el punto de olvidar pormenores cronológicos, cuando sobrepasaba la medida.

¿Por qué había elegido el Holm Stock, cuya existencia hasta entonces ignoraba? Sería a lo mejor el chófer de la madrugada. Le habría dicho:

—A los Hampton, amigo.

Desagradable y poco grato amanecer a media tarde, con la sensación recelosa de poder haber cometido tonterías que no recordaba.

Recordaba aquella vez que vinieron a cobrarle un espejo en el que se había empeñado en escribir una máxima profunda, a golpes de sifón. Le habían explicado que empezó usando el chorro, y después la «T» de metal.

Y aquella otra vez que al ir a sonarse, comprobó que lo estaba haciendo en una media, ante la atónita mirada de un camarero que le servía un jugo de frutas para disipar su mal sabor de boca.

Tenía un hambre feroz. Pero hasta que le prestase Jackie un par de billetes de cien, haría más apetito.

No tenía siquiera cigarrillos. Y no estaba tan degradado como para pedirle un pitillo al honrado chófer desconocido, que conducía magníficamente aquel taxi super-primera, con tres banquetas y capacidad para nueve pasajeros.

Recordó el sobre voluminoso. Bien, otras veces apuntaba cosas en programas, que amontonaba para el día siguiente. Lo abrió.

Y se mordió la lengua al reprimir su exclamación. Hizo crujir

atirantándolo, el primer billete. Legítimo, limpio, terso.

Lionel Morgan contó exactamente el contenido del sobre. Cincuenta billetes de cien dólares. Otros cincuenta de diez. Dobladitos como las hojas de un libro, cuyas cubiertas fueran nueve billetes de quinientos.

Un libro que totalizaba diez mil dólares. Un libro misterioso, que agravó el mal estado provisional del atrofiado cerebro de Lionel Morgan, que había tenido que firmar un reconocimiento de deuda, y estaba dispuesto a solicitar un préstamo de doscientos cuando era dueño de diez mil dólares.

CAPÍTULO III

—Tienes que carburar, Lionel —se incitó.

El chófer, sin volver la cabeza, aminorando la velocidad, inquirió:

—¿Dijo...?

—Rectifico la dirección, amigo. Déjeme en el aparcamiento de Times Square, frente a la terraza del Glory.

—De acuerdo.

Morgan se retrepó hacia atrás, cerrando los ojos. Era preciso recomponer los pasos.

Salida incorrecta del despacho de Kristen. Llegada al restorán donde el sargento Jackie Bums efectuaba su cena temprana. Petición de los ciento diez prestados.

Y elección del Glory para cenar porque le gustaba aquel ambiente, donde además de actrices en la cumbre, iban coristas iniciando el difícil ataque al éxito.

Coristas. Las había amables y honestas, como Beryl Carlson, a la que había conocido tiempo atrás por un asunto de la agencia Kristen.

La había invitado a cenar, y ella estuvo simpatiquísima, pero se despidió sin aceptar hacer novillos, y él tuvo que proseguir solo mientras Beryl Carlson penetraba por el acceso de artistas del teatro de Broadway.

Eso era. Al despedirse, habían quedado citados a la una de la madrugada en el Glory.

Le costaba coordinar. Más de la mitad de ciento veintidós dólares en recorrer barras de clubs, dan de sí, cuando se sabe dónde beber. ;

Al dejar a Beryl Carlson en el teatro había tomado la natural e invitadora dirección de los parpadeos luminosos y picaros del Broadway.

Bares rutinarios, casi gemelos, por diferentes que fueran en su decorado. Coñac con cubitos de hielo y soda, en cada uno de ellos, que iba recordando.

El Grils, el Cosmos, el León and Eddies, el Uptwon, donde los prosélitos del baile y sus derivados, daban sed con sus evoluciones.

En el Uptwon había triplicado por lo menos su ración de coñac con hielo, tratando de mitigar el calor. Se vio de espaldas a la barra,

encaramado en el taburete, contemplando las tres pistas.

Había mucho humo, porque a su lado tenía unos fumadores en pipa. Unos individuos algo estrafalarios, que parecían tener el deseo de que todos se dieran cuenta de que eran artistas; pintores o músicos.

Chaquetas de pana, pantalones de franela, sandalias, modales desenvueltos, discusiones.

Ahora recordaba perfectamente una de las discusiones oídas, sin proponérselo. Uno de los fumadores en pipa, ¿tres, cuatro? Cuatro, sí, eran cuatro había dicho:

—Sus soles eran trágicos, patéticos pero artificiales.

Y otro se inflamó al rebatir:

—¿Artificial, Vincent? Su paleta es atormentada.

No había escuchado más, porque le importaba muy poco documentarse sobre arte. Y entonces, entre el humo, había decidido invitar a la deliciosa muñeca rubia que estaba aproximándose para pedir un refresco.

La invitó. Bailaron y ella lo hacía con una dedicación fanática. Le había dicho que se llamaba Mabel... No, Myrna... Era a partir de entonces, cuando se nublaba definitivamente su horizonte evocador.

Pero como había citado para la una a Beryl Carlson en el Glory, era en el Glory donde le ayudarían a evocar.

Volvió a palpar en el bolsillo interior derecho de su americana el librito de los ciento nueve billetes. Sunca había poseído tanto dinero junto.

¿Poseído? ¿Era suyo? ¿De dónde procedía? Empezó a sentir un furioso resentimiento contra sí mismo. Era un despreciable alcoholizado, que no recordaba las imbecilidades que cometía cuando sobrepasaba la distancia que separara al coñac tomado como iónico, del coñac embrutecedor.

¿Imbecilidades? Las podía haber cometido hasta entonces, pero despertar en la habitación de un hotel, y creyéndose sin un centavo, contar recelosamente billetes de quinientos, de cien y de diez, contenidos en un sobre blanco, sin saber dónde los había... los había, ¿qué? ¿Robado?

Crispó los puños enojado. Presumía de periodista de primera clase, y ahora era incapaz de averiguar por qué poseía un centenar de billetes, cuya procedencia ignoraba.

Miró el taxímetro, y estrenó uno de los billetes de diez. Dijo:

—Guarde el resto, amigo.

—¡Gracias, señor! Me llamo Bert Hanson y mi parada es la del Holm Stock. Siempre a su servicio.

—Hasta otra, Bert.

En el Glory merendaban algunos abonados, en su mayoría pertenecientes al carro de Talía.

Lionel Morgan se instaló en una mesita esquinada para atender primero a la reparación de los estragos causados en su fiesta «sonada».

—Hola, Molly. Necesito con urgencia un doble café cargadísimo, sin

azúcar, con jugo de naranja aparte, y el tarro de bicarbonato. Y cuando esté aquí el servicio de «quitarresaca», encarga un filete de caballo con dos huevos fritos, y una fuente de macedonia helada. Rápido, Molly.

Esperó con inquietud, porque iba comprobando que por más esfuerzos mentales que efectuaba le era imposible catalogar sus acciones a partir del bailoteo en el Uptwon.

Otras veces había comprobado que bailar agitaba más el alcohol ingerido, y en el Uptwon, los ritmos que eran de rigor, convertían en cocteleras a sus practicantes.

Aquella monada... ¿Myrna?

—Su doble de café, señor Morgan. Y el teléfono.

—¿El teléfono para qué?

La ex actriz retirada estaba ya enchufando el portable, dijo:

—Desde esta mañana han telefoneado repetidamente, dando este número para que si venía usted llamase sin tardar.

Bebió Morgan a sorbos el caliente brebaje amargo para después echar un pellizco de bicarbonato en el jugo de naranjas. Y cuando el «antirresaca» empezó a despejar de su lengua el sabor pastoso, ya el botones había traído el paquete de cigarrillos pedido.

Encendió con deleite. Pronto estaría en forma. Miró entonces el dorso de la tarjeta del Glory, donde estaba anotado el número. Y lo marcó. Casi habría sido un triunfo si no abultara su bolsillo derecho un enigmático librito de billetes de Banco.

El número correspondía a la agencia Kristen. Se rendía la orgullosa y fiscalizadora Lisbet Kristen.

Dijo:

—Buenas tardes. Me llamo Morgan. Puede que en la casa me recuerden.

Oyó una voz imperiosa:

—He estado todo el día telefoneando por los sitios donde suele concurrir, señor Morgan. Le conviene olvidar nuestra primera entrevista en la que los dos nos comportamos como criaturas... Necesito que acuda inmediatamente.

—A sus órdenes, Lisbet. Tan pronto termine lo que tengo entre manos, voy.

—Pero, ¿es posible que no se dé cuenta que es urgente?

—De momento, lo urgente es lo que voy a hacer, Lisbet. Tardaré poco. Ya me traen el filete y adornos. ¿Usted gusta?

—Pero, ¿es posible...?

Colgó Morgan.

De lo que se daba cuenta era que necesitaba comer. Había una estrecha relación entre el buen funcionamiento del cerebro y el estómago satisfecho.

El coñac tenía, en gran dosis, aquel despertar. Embrutecedor y hambriento.

Daba principio al refrescante postre, pescando trocitos de fruta en el helado jugo de naranjas, cuando, asombrado, examinó a la que, recién llegada, parecía buscar a alguien.

Nunca hubiera sospechado que la orgullosa Lisbet Kristen acudiera en persona a renovar su contrato. Habría inquirido de dónde procedía la llamada.

Se trataba de no reincidir en criaturadas. También si se lo proponía podía ser comedido en su léxico. Se incorporó a medias, saludando:

—Buenas tardes, Lisbet. ¿Quiere tomar algo?

Los ojos azules tenían expresión de reproche. Y al sentarse, lo que dijo ella crispó de nuevo los nervios de Lionel Morgan:

—¿Cómo es posible que coma usted tan tranquilamente, Morgan?

—Será porque tengo hambre atrasada, señorita Kristen.

—Le estuve esperando inútilmente. Nunca le creí tan rencoroso.

—No lo soy. Pero vamos a ver, ¿qué demonios le pasa, Lisbet? Ya está de nuevo mirándome como si cometiera algún delito. Estoy terminando de merendar..

—Termine, pues.

—Gracias.

Lionel Morgan fue ingiriendo la fruta variada, hasta quedar por completo refrescado. Lisbet Kristen encendió su segundo cigarrillo, y dijo, con sarcasmo hiriente:

—¿Podemos ya hablar, Morgan? ¿No tiene más apetito?

—Lo que no tengo son ganas de discutir, que parece ser nuestro destino, señorita Kristen. ¿Qué se le ofrece?

—¿Es que no lee los periódicos?

—Según. Hoy admito que no los he leído. Me desperté algo tarde. ¿Y qué sucede que la obligó a salir de su despacho?

Lisbet Kristen pareció menos fiscalizadora. Dijo:

—Entonces, comprendo ya su actitud, que antes me parecía inadecuada. Tendrá usted sus defectos, pero no iba a guardar tanto rencor a la pobrecillo Sara Jenkins como para no colaborar con la policía oficial, tan pronto hubiese leído lo ocurrido.

—¿Lo ocurrido a quién?

—Esta madrugada han asesinado a Sara Jenkins. Un balazo entre las dos cejas, a quemarropa.

CAPÍTULO IV

El balazo que a quemarropa había asesinado a Sara Jenkins pareció perforar a las seis y media de la tarde el entrecejo de Lionel Morgan. Cerró los ojos en mueca dolorida que arrugó su frente y dijo al cabo de un instante:

—Pobre mujer... Era aficionada a exagerar, pero en el fondo no era tan ofensiva como para matarla. Parece imposible. Ayer mismo estaba buscando camorra conmigo. ¿Cómo ha sucedido esto, Lisbet?

—El guardián de noche recorría la planta baja cuando oyó el disparo. Usted sabe que Sara usufructuaba un departamento comunicante con la oficina. Y el guardián la encontró al pie de la cama, muerta.

—¿A qué hora?

—Oyó el disparo y tardó en localizar el sitio, recorriendo antes el primer piso, hasta que subió la escalera privada de comunicación entre nuestra agencia y el departamento de Sara, a la que encontró muerta. Eran las tres y dieciocho minutos, cuando comprendiendo que era inútil llamar a un médico, telefoneó a la comisaría más próxima.

—Pero, ¿quién podía tener interés en matar a una oficinista solterona?

—Es lo que trata de poner en claro el capitán Murdock, de la Brigada Ocho. Y le está buscando.

—¿A mí?

El tono hasta entonces interrogante de Morgan se hizo repentinamente hostil.

Lisbet Kristen dijo, apresuradamente:

—No sea niño, Morgan. Usted discutía con Sara porque le gustaba enojarla, pero si le busca el capitán Murdock es porque dice que tal vez usted le oriente.

—Ya... Y mientras pago mi pitanza, ¿quiere enterarse dónde podemos topa con Murdock?

—Telefonaré.

Morgan pagó y, encaminándose hacia la salida, permaneció poco después en la acera, pensativo.

¿Quién podía desear matar a una solterona chismosa? Forzosamente

tenía que tratarse de un error. Sara Jenkins podía inspirar deseos de lanzarle un zumbido lingual burlón, para escandalizarla, pero de esto a que alguien ansiase alojarla una bala entre las cejas...

—El capitán Murdock está en su despacho.

Morgan se sentó junto al volante del «Mercury» conducido por Lisbet.

Exteriorizó su confusión mental:

—¿Están seguros que no se ha suicidado?

—No quiero influir para nada en su apreciación del caso, Morgan. Al oír al capitán Murdock se enterará más adecuadamente.

—Pero usted se habrá formado su opinión personal, aunque sea novata en esta materia, Lisbet.

—No acierto a comprender por qué mataron a la pobre Sara.

—¿Qué versión ha dado la Prensa?

—La del guardián, que supone que algún maleante, buscando entrar desde el ático al primer piso, donde está una joyería, despertó a Sara, que quiso dar la alarma, y huyendo, él la mató.

—Un ladrón de joyas, que buscaba el modo de entrar y por consiguiente no se llevó nada, no mata. A lo más propina un par de puñetazos para acallar al o a la importuna, y escapa. ¿Faltaba algo en el piso de la Jenkins?

—Nada. Dormía con la ventana abierta y no hay por ahora indicios de robo, ni señales de fractura en el piso, salvo en la puerta que comunica el ático con las escaleras privadas.

—Un ladrón no tenía nada que hacer en el piso de la Jenkins.

Detuvo ella. Un guardia se aproximó.

—Circule, señora. No está permitido aparcar aquí. Bajando, dijo Morgan:

—Aguárdeme en aquel aparcamiento, Lisbet. Subió los peldaños y, en el vestíbulo, un individuo en mangas de camisa con funda sobaquera le interpeló desde un mostrador:

—¿Dónde cree que va, ciudadano?

El policía que estaba ante el cuadro de la centralilla echó una ojeada al recién llegado y dijo:

—Es un periodista. Antes era colega nuestro. Un tal Morgan.

—Lionel Morgan. Me espera el capitán Murdock.

—Primer rellano, a la izquierda, segunda puerta, periodista.

Morgan llamó con los nudillos en el cristal antes de empujar la puerta donde unas letras esmaltadas anunciaban: «Murdock Gus, capitán». Junto al umbral, otro rótulo advertía: «Prohibido el acceso».

Gustav Murdock había firmado la licencia de uso de armas y credencial de detective privado al «funcionario en excedencia» Lionel Morgan para prestar sus servicios como informador en la agencia Kristen.

Agencia situada en el sector cuyas incidencias de orden criminal eran de la incumbencia de la Brigada de Homicidios número ocho.

Físicamente, Murdock era plácido y calmoso. Mentalmente, estudiaba con meticulosa prudencia cada caso.

—Buenas tardes, capitán. Acabo de enterarme que...

—Siéntate. Te estaban buscando dos de mis hombres. ¿Dónde te habías metido?

—Ayer tarde tuve una pequeña discrepancia con la nueva dirección de la agencia y pensé dedicarme a un reposo productivo en Jones Beach, donde he alquilado por tres años una barraca y he comprado un bote con vela y motor.

—Enhorabuena. Sigue contándome tus actos, virtuosos o no.

—Previniedo un futuro de saludable regeneración, me despedí de la ciudad, recorriendo algunos bares, y yéndome a dormir en un parador de los Hampton. Amanecí esta tarde a las cinco y no he leído los periódicos. Lisbet Kristen acaba de comunicarme la muerte de Sara Jenkins.

—El loro chino. Por lo menos, según dicen, así la llamabas. Le incrustaron una bala entre las cejas. El forense, en su informe, deduce que cayó de la cama, pero murió estando dormida.

—Esto echa por tierra la versión periodística que me ha resumido Lisbet. Un ladrón que pretendía entrar en la joyería.

—En el piso de la Jenkins no falta nada, que sepamos, ni había nada de mucho valor, que sepamos. Tampoco falta nada en el despacho y oficina de tu agencia, que eso sí lo hemos comprobado, y sabemos.

—¿Qué antecedentes tenía la Jenkins, si puedo enterarme?

—Puedes, puedes. El historial de la Jenkins es monótono, gris. Secretaria desde su primera juventud, con certificado excelente de la primera empresa donde permaneció cerca de quince años hasta que Alex Kristen le ofreció un sueldo mejor. Sin familia, salvo lejanos parientes en California, ricos. Investigamos este punto, pero por rutina. Ella no tenía fortuna personal y sus ahorros los invertía en sólidas acciones que deja en donación notarial al colegio de huérfanas de Albany.

—Descontando beneficio y pasión amorosa, ¿qué pudo hacer la pobre vieja que inspirase el deseo de matarla?

—Se revisa toda la documentación archivada y en curso de la agencia. Ella era la secretaria personal y abría los expedientes. La única teoría aceptable es que Sara Jenkins recibió una denuncia, o se disponía a abrir un expediente, contra alguien que, enterado, la mató. Si ella ha tomado nota, y falta alguna carpeta, podremos salir de dudas pronto.

—La Jenkins anotaba con precisión lo más superfluo. Tenía la manía de la organización. Pero también era escrupulosa y cada tarde, al cierre de horario, llevaba su diario de operaciones.

—Podiera ser que recibiera alguna denuncia o petición de investigación fuera de horario. El teléfono de la agencia quedaba conectado con su piso, al cerrar la oficina. De momento, nada se ha encontrado entre lo hallado

que sirva para orientar mi pesquisa. Habla tú ahora.

—Su versión es la única aceptable, capitán. Debía ella saber algo comprometedor en exceso que justificara la cobarde actividad del que le disparó el balazo. Y debió ella enterarse, pasadas las siete de la tarde, porque de lo contrario habría informado a Lisbet. Creo que lo más apremiante, aparte de confrontar toda la documentación llevada por Sara Jenkins, y sus propios papeles, es insertar una nota en la Prensa, capitán.

—¿Esta?

Tendía Murdock una cuartilla mecanografiada, y en voz alta leyó Morgan:

—«En su propio interés, se requiere a la persona o personas que participaron cualquier informe reciente a la secretaria de la Agencia Informativa Comercial, de la calle 59, comunique las gestiones solicitadas a la misma agencia.»

—Simple trámite, Lionel. Si acudían a la agencia, era porque no deseaban mezclar a la policía oficial.

—Puede también, como suele ocurrir, que por tratarse de asuntos relacionados con personas honorables, no quisieran comprometerse después, si resultaban favorables los informes requeridos.

—Esta nota aparecerá esta noche en toda la Prensa, bajo la fotografía de Sara Jenkins. Es también de tu incumbencia, Lionel.

—Lo que usted no averigüe, no voy yo a encontrarlo, capitán.

—Puedes tener alguna idea con ventaja sobre nosotros. Tú eres el lince de la agencia.

—He estado ausente dos meses. Llegué ayer, estuve unos minutos con la pobre vieja... Me revienta haberme despedido como lo hice.

—Los de la agencia coinciden en compararte con el perrazo que jugueteaba a hostigar a Sara Jenkins, hasta que te mostraba las uñas. Y hay constancia del motivo de vuestra rencilla. Ella te calificó agriamente.

—Decía que, reconociendo mi calidad como periodista-detective, yo era un desdoro para la honorabilidad de la agencia. Aludía a mi vida privada, y no quiso aceptar mi explicación de que yo debía frecuentar muchos ambientes... sin que ellos destiñeran mi verdadero carácter. El viejo Kristen me enseñó el informe privado escrito por ella, sin que nadie se lo pidiera.

—Lo he leído. Te trata de borrachín escandaloso de mujeriego empedernido y de deudor recalcitran te, moroso, aunque pagador por descuentos sobre sueldo. Realmente, si Sara Jenkins hubiera tenido una hija guapa, no te la habría cedido por esposa. Pero esto son tonterías propias de toda organización. Yo también le sacaré la lengua a algunos de mis superiores, o a alguna vecina, si no fuera porque no tengo tu propensión a aparentar ser un majadero. Toma las copias del atestado, y tal vez encuentres algo sugeridor. Tan pronto sepa algo, lo sabrá Lisbet Kristen.

Bajando la escalera, tras la ojeada a los informes, Lionel Morgan trataba de ahuyentar una horrible asociación entre varias líneas de la copia del atestado.

...Muerte instantánea entre las tres y tres quince de la madrugada...

...Alguien que conocía bien la topografía del edificio...

...La bala extraída, del calibre 7,65, de una «Smith»...

Eran la marca y calibre de la pistola contenida en la funda sobaquera que ahora palpó Lionel Mogan con repentina angustia.

CAPÍTULO V

Se apoyó en la portezuela.

—La versión del capitán Murdock es que se trata de asesinato cuyo móvil era silenciar un asunto que fue comunicado, o que ella averiguó a partir de ayer a las siete, ya que de haberlo conocido antes, contaría en su hoja de anotaciones. Están inspeccionando la documentación, y van a insertar un aviso.

—¿Está usted indispuerto, Morgan?

—Algo fatigado. Me repondré. Tengo una copia del atestado, y estudiaré este caso. Mañana pasare por la agencia. Buenas tardes, Lisbet.

—Puedo llevarle donde desee.

—Gracias. Iré a pie. Me conviene ir pensando Hasta mañana.

Lionel Morgan no fue muy lejos. Unos lavabos públicos.

Cerrada la puerta, sacó la pistola, para depositar en la palma izquierda el cargador.

Estaba seguro de que la tarde anterior contenía la carga completa. Las ocho balas. No llevaba nunca la complementaria en la recámara, porque la experiencia le había enseñado que tal procedimiento hacía más posible el encasquillamiento.

Fue empujando con el pulgar.

Contó seis. Seis brillantes píldoras mortíferas. Faltaban dos. No cabían errores en su cálculo. Para él, la «Smith» era como el lápiz del dibujante, como el termómetro del médico.

Miró el cañón apuntando hacia la bombilla. La grasa se había fundido al paso de los proyectiles.

Uno podía ser el alojado en la frente de la pobre Sara Jenkins. Rechazaba esta hipótesis con indignación.

Pero, ¿dónde estaban las dos balas que faltaban? El nunca dejaba su cargador incompleto. Y hasta [entonces llevaba bien la cuenta de municiones gastadas.

También llevaba siempre bien la cuenta de su dinero. Y tenía en el bolsillo cerca de diez mil dólares.

A las tres mataban con una bala del 7,65 de una «Smith».

Tenía él la apremiante necesidad de investigar qué estaba haciendo a las tres de la madrugada.

Cobró un repentino odio al coñac con hielo.

Iría al Uptwon, como primera providencia de aquel caso, en que iba a ser su propio analizador. Necesitaba encontrar a aquella muñeca rubia llamada Mabel o Myrna.

Y desde el Uptwon, arrancar la investigación de sus actos inconscientes de fantoche bebido,

De nuevo en la calle, caminando apresuradamente, notaba con creciente ansia el deseo de oírse decir:

—A las tres de la madrugada estaba usted haciendo el indio bravo en la pista del Uptwon, señor Morgan, y le tuvimos que invitar a irse cuando eran las cuatro, hora de cierre.

Y después sabría por qué tenía encima una pequeña fortuna. A lo mejor, algún amigo que le dejó en custodia aquel dinero. Una vez, al enterarse de su profesión, un alegre provinciano, en el Stork, le había dejado en custodia un carnet de cheques, con una hojilla firmada, en blanco.

A medida que iba acercándose al Uptwon, un confuso temor le asaltaba insidiosamente. Podía reconocer con amargura que era un técnico bebedor.

Y nunca había tardado tanto en disipar las brumas alcohólicas que envolvían sus pasos de la noche anterior, a partir del momento en que empezó a bailar con la rubita Mabel o Myrna.

Eran horas que no lograba coordinar, como si hubieran estado en blanco, desde la medianoche hasta su despertar en el parador de los Hampton.

¿Horas en blanco, faltándole dos balas en el cargador? ¿Había sido su subconsciente el que le impulsó a incrustar una en el cráneo de la infeliz Sara Jenkins?

¿Y dónde había ido a alojarse la otra bala?

Disipó, en parte, su malestar el dinámico ritmo que iba creciendo en sonoridad a medida que avanzaba por el corredor del Uptwon.

En las tres pistas, un público distinto al nocturno. Muchas parejas de adolescentes, ensimismada en sus contorsiones, entregadas de lleno al ejercicio selvático.

Se acodó en la barra, exactamente en el mismo lugar donde recordaba que la noche anterior había pedido, consecutivamente, varios coñacs con hielo.

Era difícil encontrar a Mabel o Myrna entre tantas agitadas muchachas, aunque descartase las morenas. En el centro de reunión crepuscular de las parejas danzantes juveniles, no eran suficientes las tres amplias pistas para contener los desbordamientos expansivos.

Y de pronto pestañeó. Acababa de oír perfectamente:

—Oro viejo, bronce, cobre, y por techo el verde azul del cielo recalentado hasta el blanco. Mezcla y tienes la fórmula.

—Una revelación gratuita, como lo es descubrir el amarillo azufre, o el pálido limón, en los reflejos del sol.

Lionel Morgan sintió una súbita simpatía por aquellos charlatanes. No eran cuatro, sino dos. Pero ahora los recordaba perfectamente, de la noche anterior.

El que estaba más cercano llevaba una chaqueta de pana, de color ámbar, camisa negra, abierta, pantalón de franela y sandalias.

El otro variaba en que su camisa era verde y su chaqueta era una sahariana azul pálido.

Lionel Morgan tocó en el hombro al más próximo y, sonriente, dijo:

—Perdonen que les interrumpa, señores. Les oí anoche, y aunque les pueda parecer rara mi pregunta, ¿me recuerdan?

Los dos pintores, uno de ellos apuntando con su pipa, y el otro entornando los párpados, contestaron a la vez:

—Sí.

—¡Magnífico! —exultó Morgan—. Ustedes, por ser artistas, no son como el resto de los comunes mortales. Por lo tanto, no me tomen por un bromista si les pregunto muy en serio: ¿recuerdan a una rubita que bailaba conmigo anoche?

El más próximo al periodista ladeó la cabeza. El otro, mordiendo la boquilla de la pipa, demostró también en su expresión que estudiaba al preguntón, dudando entre clasificarlo como insolente provocador o presuntuoso original.

Insistió Morgan:

—Les mego no se formen un concepto equivocado. Es que quisiera saber quién era y cómo se llamaba la muchacha con la que bailé, si es que la recuerdan.

El pintor de la chaqueta ámbar replicó secamente:

—Naturalmente que la recordamos, estimado caballero. Es Mabel Smyrna...

—¡Esa es! Exacto. Yo titubeaba entre Mabel o Myrna.

—Pero no titubeó en raptarla usted ante nuestras barbas. Sepa, estimado señor, que Mabel es nuestra modelo, y se dirigía hacia nosotros, cuando usted la asaltó, casi como un cafre en la jungla, y la llevó a la pista. Le aseguro que mi compañero se disponía a darle su merecido por incorrecto, pero le instamos a que desistiera. Estaba usted «mal» bebido, señor.

Ansioso de proseguir su investigación, Morgan puso rostro de sincera compunción al decir:

—Acepten mis sinceras excusas, señores. Reconozco que estaba mal bebido. Me llamo Lionel Morgan, y vean que tomo café. ¿Me indultan?

El chaqueta ámbar sonrió. El otro siguió muy serio, pero dijo:

—Puesto que admite su intromisión, demos por olvidado el incidente. Al fin y al cabo, Mabel no fue raptada, sino que consintió. Me llamo Stig Fulgen y mi compañero Anton Stack.

—¿Stig...? ¿Son ustedes suecos?

—El arte no tiene patria, pero nacimos en Suecia.

—Es curioso —murmuró Morgan—. Mi patrón era sueco, y desde esta tarde parezco destinado a entablar amistad con suecos. El gerente de un parador, el chófer, ustedes... ¿También es sueca Mabel Smyrna?

—Armenia. Y debería usted saberlo sobradamente, puesto que a la una desapareció con ella.

—¿A la una? ¿Con Mabel? ¿Y dónde fui?

Stig Fulgen, ancho, musculoso, bronceado, replicó hoscamente:

—Usted sí que es un tipo curioso, señor Morgan. Nos pregunta a nosotros, precisamente a nosotros, a dónde fue con nuestra modelo cuando abandonó este local. En mi patria hay un calificativo para los caballeretes que hacen preguntas de esta índole.

—Déjalo, Stig —intervino Stack—. Casi juraría que no es con ánimo de ofender que este hombre nos consulta.

—Buena pupila, Stack. Créanlo o no, pero la verdad es que pillé una melopea de grueso calibre, y no consigo recordar lo que hice a partir de que salté a la pista en compañía de Mabel Smyrna.

—Puede ocurrir, amigo, pero cuídese. Se empieza así y se acaba con un ataque demencial vulgarmente llamado *delirium tremens*.

—Ustedes han visto a Mabel, y ella... ,

—No la hemos visto desde que usted la acaparó.

—No me mire tan agresivamente, Fulgen. Les explicaré mi conflicto cuando lo resuelva. Necesito hablar con Mabel.

—Creo que es sincero este señor, Stig. Si quiere saber dónde encontrar a Mabel, tiene alquilado un ático independiente, con escalera privada, en el número treinta y nueve de la Hunters Point, en Queens.

—¡Gracias! Muy agradecido. Volveremos a vemos.

Casi corriendo, abandonó el local para llamar un taxi. La distancia no era mucha desde el Broadway. Atravesar el puente sobre el East River, y en pleno barrio de Queens, el extremo meridional de Hunters Point aparecía con sus chalets tipo suizo y sus caserones aislados, entre abundante floración.

El número 39 de la avenida Hunters Point era un barracón de dos pisos, coronado por una especie de torreón. El primer piso ostentaba pancarta ofreciéndolo en venta o alquiler.

—Espéreme —le indicó al chófer.

El jardín estaba parcelado en tres sectores independientes, y con escaleras también privadas, el primer piso y el ático. La que conducía al

ático era descubierta, y remontaba en diagonal sobre la fachada lateral, semejando una pasarela de barco.

No tenía Morgan la menor reminiscencia de haber subido por aquella escalera, que a trechos oscilaba un poco en sus peldaños de madera. A su extremo desembocaba en un rellano sobre la terraza, y un toldo protegía del sol o de la lluvia hasta una puerta.

En ella, una pequeña linterna iluminaba escasamente la madera donde un letrero, obra de algún pintor artista, anunciaba con florituras: «Mabel Smyrna».

Repicó bajo el cartelito. Sonaba a hueco, y le acometió un oscuro y absurdo presentimiento fúnebre.

La segunda bala.

Era estúpido dejarse llevar por sensaciones agoreras inconscientes, sin base.

Golpeó con el puño. Era ya exasperación, porque no resultaba tan sencillo investigar por cuenta ajena, que tratar de resolver un problema personal.

Había visto luz al examinar la casa desde abajo. Una luz al extremo opuesto del lugar desde el que estaba llamando.

Se disponía a empujar con el hombro para tantear la resistencia de la puerta, cuando abrieron de pronto, y a su propio impulso, Lionel Morgan penetró como un bolido.

Recuperó difícilmente el equilibrio cuando rozaba la cortina del umbral al extremo del pequeño recibidor.

Al ir a volverse esquivó por instinto un alevoso directo, oyendo a la vez:

—¡El tipo de anoche!

La exclamación era femenina, pero el segundo puñetazo, que blocó levantando el codo, era muy masculino y contundente.

CAPÍTULO VI

El que abriendo la puerta, había efectuado una agresión poco hospitalaria, gimió, llevándose la mano izquierda a la boca.

Lionel Morgan, que se disponía a contraatacar, pasando de la defensiva a la acción, reprimió su abalanzamiento.

Su agresor había dado en hueso, y aunque le dolía el codo, Lionel Morgan meditó que más debían dolerle los nudillos al que, en mangas de camisa, una camisa a cuadros, empezó a abrir y cerrar la mano, como para comprobar su funcionamiento.

Y Mabel Smyrna, cerrando la puerta, comentó:

—Mala suerte, Johan. Y como no quiero escándalos, sean buenos chicos y dejen para otra ocasión el segundo asalto.

—Duele horrores —se quejó infantilmente el llamado Johan.

Era flaco, pero de recia fibra. Muy largo el castaño cabello, y ganchuda la nariz, miró irritado hacia el visitante.

—No le ha bastado con lo que organizó anoche, ¿no?

—De momento, lo que urge es sumergir la mano en agua caliente con sal. Nada mejor para deshinchar nudillos. Oiga, que no es ironía...

—No es ironía —repitió ella, asiendo por el codo al contusionado—. Vamos, y ya que por una vez este individuo dice algo sensato, aprovechemos. En la cocina te arreglaré la mano, Johan.

—Ganas me dan de...

—Déjalo ahora, Johan —apremió ella, diminuta junto al flaco pintor.

Lo empujó decidida.

Lionel Morgan siguió tras ellos dos por el corredor.

Recordaba perfectamente la diadema rubia en graciosos rizos, el busto delicado, la figura y rasgos de Mabel Smyrna, la modelo.

En el comedor, comunicante con una cocina elemental, Johan Brisson, sentándose, se sostuvo la mano izquierda. Se iba coloreando, iniciándose la hematoma de hinchazón.

Morgan trató de ser diplomático:

—No debió recibirme tan bruscamente, Johan. Nada tenemos pendiente usted y yo.

Brisson exhaló un suspiro cuando su mano, cogida por Mabel, penetró en el agua caliente vertida desde una cafetera a una palangana de reducido tamaño.

Echó ella el contenido de un paquete de sal en el agua humeante. Y, entonces, fijó sus verdiazules ojos en Lionel Morgan.

—¿Qué ha venido usted hacer aquí?

—He estado en el Uptwon. Charlé con Stig Stack y Anton Fulgen.

—Los apellidos, trocados. Es Anton Stack y Stig Fulgen.

—Ellos me dieron su dirección, y aquí estoy, para pedir excusas si esta madrugada me porté indebidamente. No se sulfure, Johan. Yo sólo recuerdo que salí del Uptwon, acompañándola a usted, Mabel. ¿Y dónde fuimos?

—¡Quieto, Johan! ¿Ves cómo tenía yo razón al decirte que Morgan no sabía ni dónde iba? Aguanta usted bien la bebida en las piernas, Morgan. Anda y se comporta como un hombre normal, pero estaba usted asquerosamente borracho. Salí con usted del Uptwon porque comprendí que era lo mejor para evitar que mis amigos le dieran una paliza.

Lionel Morgan miró la mano sumergida en la palangana y dijo:

—Verá como este remedio es cosa grande, Johan. ¿Y dónde fuimos al salir del Uptwon?

—No me soltaba usted del brazo, y se empeñó en llevarme al Glory, donde decía que me presentaría a una gran muchacha... Yo pude zafarme en la esquina de Lexington.

—¿Qué hora, aproximadamente?

—Hacia la una y cuarto. Pudo preguntárselo al que le recogió abrazado a algún farol, Morgan.

—Es curioso... —dijo Morgan—. No me veo saliendo del Uptwon.

—Salvo que pernoctara allí, tuvo que salir, ¿no? —inquirió, agresivamente, Johan Brisson—. Ya está bien, Morgan. Si es usted un atrabiliario alcoholizado, visite otros sitios, y en lo sucesivo absténgase de importunar a Mabel, porque...

—Porque subirán de precio las palanganas y el agua caliente. Vaya gratitud, hombre. Me recibe usted a puñetazos, y aún sigue amenazándome, después que le sopló la receta curativa. Vine aquí a preguntar qué pasó porque no recuerdo nada a partir del momento en que la invité a bailar. Bueno, olvidemos el incidente, como dice Stig, y discúlpeme, Mabel. Sobrio, gano mucho.

—¡Lárguese ya, Morgan! —masculló Johan Brisson.

—Por favor, váyase —invitó ella.

Lionel Morgan, dirigiéndose al corredor, inquirió:

—Entonces le dije que quería presentarle en el Glory a una gran muchacha...

—Sí. Y ella le disparará sus tinieblas vaporosas, Morgan.

En el corredor, Lionel Morgan, dándose masaje en el codo, comentó:

—Para ser sueco, tiene arrebatos de Otelu su novio Johan.

—No es mi novio. Estaba pintando cuando usted llamó, y esto pone frenético a Johan. El y sus amigos son muy buenos chicos.

—Lo serán, pero no tienen un carácter precisamente plácido.

—Es que usted, anoche, corrió el riesgo de hacerles perder la placidez. Ellos me habían invitado al Uptwon, y como no quiero escándalos, preferí seguirle la corriente. En realidad, bailaba usted como un simpático orangután, señor Morgan.

Y rió ella alegremente.

—Lo celebro. Nos veremos pronto, Mabel, cuando no la acaparen los pintores.

De nuevo en el taxi, tras dar la dirección del Glory, Lionel Morgan soliloquió en voz baja:

—Cuidate, porque estás viendo fantasmas desde que despertaste. Cuidate.

Pero tenía cierta experiencia en aquilatar miradas y expresiones. ¿Por qué le parecía que desde su despertar en el Holm Stock era constantemente acechado?

Acecho en la amable cortesía de Elia Olgersson, el gerente diurno del parador. Acecho en el amable rostro del chófer Bert Hanson, otro sueco.

Y acechante casualidad la que en el Uptwon le colocaba junto a Stig Fulgen y Anton Stack.

Había también recelosa observación hasta en la alegre risa de despedida de Mabel Smyrna.

En los dispensarios de desintoxicación había dipsómanos que juraban ver ratones paseando por el embozo de la sábana y otros trataban de ahuyentar, entre alaridos de espanto, trompas de elefante que les azotaban el rostro.

Alucinaciones. ¿Se le estaban iniciando?

Palpó su americana. No eran alucinaciones, ni el fajo de billetes de procedencia ignorada, ni las dos balas que faltaban en su cargador.

Tenía que averiguar prontamente dónde estaba y qué hacía a las tres de la madrugada.

Seguramente Beryl Carlson, ahora, iba a sacarle de dudas. Era una preciosidad de mujer y, además, una buena compañera, cariñosa y comprensiva.

Telefonó desde el Glory, y al aparato, una de las amigas que compartía el mismo piso con Beryl Carlson, informó:

—Está ausente. ¿Quién llama?

—Lionel Morgan. Cuando venga díganle que la espero en el Glory.

—Allá va a cenar, y no creo que vuelva. De todos modos, se lo transmitiré si viene.

Lionel Morgan, para entretener la espera, compró el *Herald*. Encontró la fotografía de Sara Jenkins, y bajo ella, la nota hecha insertar por el capitán Murdock.

Una breve información especificaba que seguían las investigaciones conducentes a la captura del asesino de la secretaria particular de la agencia Kristen.

Por un instante, en otra de las fotografías, se vio Lionel Morgan, con un epígrafe anunciando: «El asesino de Sara Jenkins confiesa haber matado impulsado por el *delirium tremens*».

La fotografía que miraba era la de un deportista que acababa de ganar un concurso de tiro.

Casi por considerarlo un sedante, mientras esperaba a Beryl Carlson, trató de leer con atención todos los titulares.

Seguía la discusión sobre Vietnam. Hizo correr las hojas destinadas a comentarios políticos, y leyó los titulares deportivos.

Pasó después a la hoja de sucesos.

Una mujer estrangulada en Albany, dos muertos en riña... Torció la boca, con mueca exasperada.

Últimamente, en Nueva York parecía existir invasión de escandinavos.

«Orla K. Lagerlof, la periodista, misteriosamente asesinada.»

Lionel Morgan leía otro titular cuando, sin poderlo reprimir, se estremeció. Releyó:

«...Calibre 7,65, de automática "Smith", según el informe pericial...»

Apartó la taza de café, y con el índice llamó a la camarera.

—Un coñac, Molly. Con dos cubitos de hielo. Gracias.

Dobló el periódico, para abanicarse. Era estúpido dejarse impresionar de aquella manera. Su automática era «Smith» y del calibre 7,65, pero ni siquiera conocía a la periodista Orla K. Lagerlof.

Había leído algo muy brumoso de una tal Selma Lagerlof... Apuró con ansia el primer sorbo de coñac.

Y extendiendo de nuevo el periódico, por la hoja de sucesos, leyó, con deliberada lentitud:

«Orla K. Lagerlof, la periodista, misteriosamente asesinada.

«Albany, 12 de junio.

»A las siete de la mañana, Elmer Crawford, izando las nasas que había dejado la noche anterior en el remanso de Pitts Greek, a dos millas de la capital, sacó a flote el cadáver de una mujer, que identificada resultó ser Orla Lagerlof, la periodista que estaba recorriendo el Estado, en ciclo de conferencias, desde principios de mes.

»La muerte no se debió a la asfixia. La periodista sueca tenía alojada en la masa encefálica una bala del calibre 7,65,

de automática "Smith", según el informe pericial, que especifica la hora de la muerte hacia las dos y media de la madrugada.

»Orla K. Lagerlof viajaba constantemente, para recoger impresiones en reportajes para rotativos escandinavos.

»Su coche fue hallado por Elmer Crawford en un sendero cercano a Pitts Creek. Había huellas de sangre en el respaldo del asiento, correspondiente al lugar ocupado por el conductor.

»La policía, que investiga activamente, comunica que tiene ya una descripción del hombre que acompañaba a Orla K. Lagerlof en el coche, que ella conducía.

»En el puente de Castkill, doce millas antes de Pitts Creek, hacia las dos de la madrugada, John Gibson, servidor nocturno del puesto de gasolina, vio pasar el "DKW" conducido por Orla K. Lagerlof, a cuyo lado se hallaba un individuo.

»John Gibson afirma que el mismo coche pasó por el puente a las tres menos veinte. Lo conducía, solitario, el individuo que ha descrito.

»Volvió a ver en su tercer viaje de regreso al coche que quedó abandonado junto al lugar donde Elmer Crawford encontró el cadáver de Orla K. Lagerlof.

»Damos más noticias en nuestra sección Última Hora.»

Lionel Morgan examinó la primera plana.

La fotografía de Orla K. Lagerlof no le suscitaba el menor recuerdo.

En última plana, la sección «Al cerrar la edición» notificaba:

«El inquietante enigma de la muerte de Orla K. Lagerlof.

»El roadster propiedad de la periodista asesinada en circunstancias enigmáticas llamó la atención por sus características europeas a un agente de ronda.

»Las últimas investigaciones dan a suponer que la periodista buscaba a alguien, ya que recorrió diversos locales nocturnos de Broadway.

»Es inminente la captura del hombre que acompañó a la periodista en su último y definitivo viaje.»

Lionel Morgan convirtió en un amasijo tubular el periódico. Miró casi con hostilidad a la hermosa muchacha que acababa de detenerse ante su mesa.

—Usted es Lionel Morgan, y telefoneó para llamar a Beryl. No la espere. Ha ido a cenar a otro sitio. Me dio un mensaje para usted. ¿Quiere oírlo?

—Ya que está usted aquí, ¿por qué no?

La corista sonrió divertida al exponer:

—Dice Beryl que le estuvo esperando desde la una hasta las dos, y que tardará en perdonárselo. Estoy hablando por boca de ella... Es usted un fatuo mal educado, Lionel Morgan.

—De acuerdo. Y lo lamento mucho, porque me hubiera gustado inmediatamente saber que yo estaba aquí con Beryl esta madrugada. Gracias por su mensaje.

Por primera vez, Morgan desperdició una posible ocasión. Fue como un autómatas que pagó y levantándose abandonó el Glory.

Dio a un taxista la dirección de su amueblado caserón marítimo sin estrenar.

Necesitaba encontrarse a solas y discernir si era una pesadilla, o si podría hallar una explicación razonable a tres interrogantes flotando en un mar de nubes.

¿Qué había hecho entre una y cinco de la madrugada, hora en que firmó el registro del Holm Stock?

¿De dónde procedían los diez mil dólares y dónde habían ido a incrustarse las dos balas que le faltaban?

Tercer y último interrogante: ¿Por qué se iba infiltrando en su imaginación una visión imprecisa?

Se veía subiendo a un roadster, cuyo volante empuñaba una mujer.

Una mujer cuyos rasgos no lograba plasmar.

CAPÍTULO VII

Despertó a media mañana porque había tardado en conciliar el sueño. Estaba agradecido al viejo Logan, el que tenía a su cargo cuidar y vigilar el caserón de la colina, porque cuando la noche anterior había llegado, se limitó a desearle felices sueños y buen descanso.

Encontró su equipaje, trasladado el día anterior, distribuido ya adecuadamente. Tomada la ducha, pasó al balcón.

Un paisaje idílico. Azul de cielo, amarillo de arena, verde moviente de mar y verde oscuro de pinares en semiarco.

En el embarcadero de la playa particular, su balandro. Su sueño estaba presente y realizado. Pero sentía una melancólica sensación de tedio. ¿Por qué?, se preguntó.

La respuesta salió sin tapujos en su propia mente: Era un sujeto sospechoso, con una sola atenuante. Tal vez alguna psicosis de bebedor. Una psicosis criminal inconsciente.

Vio al colono Logan podando un seto. Y le extrañó que estando alejado del pabellón ascendiera hasta su olfato un grato aroma a café y tostadas.

El viejo Logan era soltero y único servidor de la casa.

Bajó, y en la sala redonda que era comedor-cocina y estudio vio a Lisbet Kristen disponiendo el desayuno.

—Hola, Lionel. No quise despertarle, pero cuando le oí caminar por la habitación, pensé que le sentaría bien desayunar.

Era gentilmente humana, casi cordial, pensó Morgan.

—¿Alguna novedad, Lisbet?

—Nada en absoluto. Todo parece coincidir en la relación de expedientes abiertos y en curso con las carpetas sin tocar. Mi padre, desde su balneario, está en contacto constante con el capitán Murdock. Es un caso difícil, Lionel. Tiene que ayudarme, ya que en realidad este caso, además de personal, es el primero importante para mí.

Morgan terminó su café. Habló con expresión ceñuda:

—Puede que yo le proporcione un expediente curioso, Lisbet. Y que dará mayor razón al mal concepto en que me tiene. ¿Ha leído la descripción del hombre que acompañaba a Orla, la periodista sueca

asesinada?

—Murdock inquirió si la conocíamos por ser de nuestra patria de origen. No la conocíamos.

—Pero leería lo referente al asesinato.

—Por encima.

Morgan se señaló el rostro.

—Describame, Lisbet.

Titubeó ella, perpleja. Por fin, detallando, fue diciendo:

—Cabello castaño, ojos azules, nariz recta, barbilla hendida, maxilares salientes, perfil agresivo...

—Un hombre llamado Gibson, de tumo ayer por la madrugada en el surtidor de gasolina del puente de Castkill, dice que el hombre que iba junto a Orla tenía perfil agresivo, cabello castaño y llevaba un tirolés azul.

Siguió ella la dirección del pulgar masculino, hacia el perchero, donde colgaba un sombrero tirolés de color azul.

Dijo ella:

—Si quiere demostrarme que no es tan fácil llevar una investigación porque abundan los hombres de cabello castaño, perfil duro y que lleven un sombrero azul, estoy de acuerdo.

—Es que... a lo mejor fui yo el que mató a la Lagerlof.

—Con sus bromas no me ayuda en nada, Lionel. Vine dispuesta a que, como dice mi padre, usted me condujera paso a paso por los laberintos de una investigación, pero si usted se obstina en considerarme una niñata orgullosa...

—No lo es, Lisbet. Yo soy el orgulloso grosero.

—Está usted de una humildad asombrosa, Lionel —sonrió ella.

—Es que, aunque tarde, me doy cuenta de que tiene su importancia el ser comedido en la vida privada. Si no hubiese bebido como un asno sediento ayer por la madrugada..., hoy sabría si soy simplemente un sospechoso o un repulsivo criminal.

—Empiezo a encontrar desagradable su interés en impresionarme, Morgan. Habla con tan dolida sinceridad que hasta parece sincero.

—Ya que el viejo lobo le ha aconsejado que se instruya acerca de los métodos para iniciar una investigación, voy a darle varias pistas, aunque el resultado será que me desprecie aún más, Lisbet. La primera pista es que tengo la sospecha de que he cometido un doble asesinato.

Arqueadas las cejas, murmuró ella:

—Me está asustando, y si lo hace para burlarse...

—Ojalá. Pero no estoy en condiciones de burlarme ni de mí mismo. Iría a entregarme al capitán Murdock si tuviera la certidumbre de lo que sospecho, pero he de buscar las pruebas. Créalo o no, pero si fuera usted aficionada a beber sabría que es posible, a veces, no recordar lo que uno hace sino a través de brumas. Mi situación ahora es clara. He de disipar

estas brumas, y reunir pruebas que desvanecerán mi trágica sospecha, o la confirmarán. No quiero envanecerme, pero si he matado, pagaré, aunque se necesite mucha voluntad para ser uno mismo su propio perseguidor. Yo, íntimamente, me acuso de haber matado. Que luego salga un leguleyo invocando arrebató pasajero producido por excitación de embriaguez yo no me absuelvo.

—Pero usted es inteligente, Lionel. Usted... no puede hablar así...

—Eso es. No puedo hablar así sin fundamentos. Escuche los indicios.

Morgan detalló su despertar hasta su espera en el Glory, su lectura del caso de la periodista sueca y el mensaje dado por una corista.

Mensaje que le confirmaba que no podía tener por coartada la compañía de Beryl Carlson entre una y tres y media de la madrugada anterior.

El semblante de Lisbet expresaba un confuso sentimiento de horror e incredulidad.

Prosiguió Morgan:

—No se escandalice y haga como yo. Tratemos fríamente el asunto. Óigame como si estuviéramos discutiendo sobre un sospechoso llamado Lionel Morgan. Analizando fríamente, había un motivo para que Morgan matase a la Jenkins. La aborrecía. Embriagado, conociendo bien la topografía de la casa, dato reconocido en el criminal..., le alojé una bala. Una de las dos que faltan en mi «Smith». Pero el caso de Orla Lagerlof no tiene explicación, por ahora. Morgan ni siquiera la conocía.

—¡Cállese, por favor, cállese! Es horrible oírle hablar así.

—Más horrible es para mí vivir desde ayer una constante pesadilla. Y encontrarme sin saber lo que hice a partir de la una, despertando con diez mil dólares de más y dos balas de menos. Dos balas que ahora están adjuntas a una cartulina por haber dado muerte a una mujer a la que yo aborrecía, y a otra que, sin conocerla, se hallaba con su coche por cerca de donde yo anduve a solas, al dejarme Mabel Smyrna. Y dar mi descripción Gibson.

Respiró ella a fondo, tomando aliento. Luego, dijo con firmeza:

—Usted es incapaz de matar a una mujer. Yo estuve algo dura al recriminarle por su carácter aparente, pero ¡usted no es un asesino!

Morgan, en pie, repiqueteaba con los dedos sobre un cristal de la ventana que daba a la playa. Sin volverse, dijo:

—Gracias por lo que acaba de afirmar con tanta vehemencia, Lisbet. Sólo por eso ya le lie cogido afecto. Afecto de buena ley. Pero desgraciadamente, y no se moleste, usted es una novata.

—¡Qué importa! Hay cosas que se adivinan. Usted, peleando, será capaz de todo, pero no de asesinar a una pobre mujer.

—Olvida un punto muy importante. Un sujeto alcoholizado llega a un momento crucial en que no rige sus acciones. Jurídicamente considerado,

se dan casos de obcecación criminal donde el individuo es irresponsable. Pero no admito esta atenuante. Si consigo llegar a ver claro, y reúno los datos necesarios, no aceptaré defensa alguna. Es bochornoso lo que estoy diciendo, Lisbet.

—¿Por qué?

—Supone reconocer que me degradé hasta el punto de no saber ya dominar un primitivo instinto cobarde que me impulsó a matar a una mujer por el solo hecho de que me calificó apropiadamente de borracho empedernido.

—Esta confesión es valiente. No la haría un criminal.

—Pero, ¿mi confesión excluye acaso la canallada de la acción? No basta confesar para...

Se interrumpió Morgan.

Abrió el ventanal y corrió hacia la tenaza, que en declive escalonado llevaba a la playa.

Llegó junto a Logan, el viejo pescador que atendía la casa, a sueldo de la agencia inmobiliaria, y ahora a sueldo del nuevo inquilino.

—Mire allá, Logan. ¿Qué es aquello?

Dejando sus grandes tijeras de podar, el marinero contempló hacia donde señalaba Morgan.

Una barcaza del tipo de las chalanas fluviales, dotada de motor Diessel, con cabina central, de altos tabiques, pintada la quilla de negro y la cubierta de color caoba.

Especificó Logan:

—Es la chalana de los pintores.

—¿De qué pintores?

—Compraron la chalana en el puerto de la capital y la adornaron como lo que son: aficionados. Es buena barcaza que puede capear una marejadilla sin alejarse demasiado de la costa. La compraron hará cosa de un mes. Van recorriendo la costa, escogiendo lo que ellos llaman «costa natural». Fíjese...

Se fijó Morgan con gran concentración.

—Ahora echan el ancla de largo fondo. Algo entienden, no cabe discutirlo. Pintan cosas raras, pero entienden de mar.

—¿Los conoce?

—Son conocidos por los Hampton y han vendido cuadros a precios altos, no sé por qué, como no sea que de eso de la pintura hay que entender, porque vamos... Llamar costa natural a los brochazos grises con que llenan el cuadro, mirando lo que yo veo blanco y poniendo color berenjena donde yo veo verdes...

Hacía ya instantes que Lisbet Kristen escuchaba.

Preguntó Morgan:

—¿Alguno de ellos se llama Stig Fulgen?

Despaciosamente, extrajo Logan de su delantal de cuero una bolsa que parecía contener tabaco y de ella sacó un papel arrugado.

—Tengo sus nombres porque estuvieron a punto de alquilar esta casa. Uno se llama... Anton Stack. Otro, Johan Brisson, y el otro..., eso es, sí, señor, se llama Stig Fulgen.

—¿Qué tal son?

—Buena gente un poco difícil de entender aunque hablen bien el inglés, pero dicen cosas oscuras. Si no le gusta que anclen donde están, tiene derecho a hacerles entrar más al interior. Porque la primera milla es muy suya, señor Morgan, y puedo decirles que anclen más lejos.

Pasándose la mano por la nuca, denegó Morgan:

—No hace falta, Logan. Hasta luego.

Regresando hacia el pabellón, expuso:

—En todo estoy viendo cosas raras, Lisbet. Estos muchachos son muy libres de pintar donde quieran. Aquella noche eran cuatro. Cuatro. Y aunque yo despertase en un parador sueco... ¡Bien! Vamos a empezar la reconstrucción de los pasos de Lionel Morgan, por el orden inverso, único que puedo seguir. Desde que desperté hasta mi última acción normal. La de inscribirme a las cinco de la madrugada. Ya que tiene su coche, lléveme al Holm Stock.

—¿Holm Stock? En sueco significa islote entre pinos. Stockholm, a la inversa...

—El gerente de día es amabilísimo. Un tal Elia Olgersson.

En el «Mercury», al cabo de un instante, dijo Morgan:

—Frene, y déjeme conducir. Perdone la brusquedad, pero por unos instantes, viéndola conducir..., me ha barrenado la sien el balazo que le pegué a Orla.

Cambiando de lugar, reprochó Lisbet:

—No debe considerarse culpable. Este será su mejor reportaje policíaco, Lionel. Atrapar al que mató a Sara Jenkins y salvarse de su enfermiza obsesión. Verá como todo se aclara. Usted es inteligente y dice mi padre que tiene usted ojos de lince y oído de compositor. Que no se le escapan las notas falsas. Ojalá encuentre pronto la nota falsa.

—Usted es una buena chica, Lisbet. Desde que me preparó el café, me da ánimo. Aunque sea la jefa, me agradecería que nos tratásemos como amigos.

—Vale el tuteo, Lionel.

—Eres fenomenal. Sencilla y naturalmente femenina. Si no estuviera preocupado, me trastornabas, aunque tu compañía ya me produce un agradable y dulce trastorno.

—Te prefiero así que triste y horrorizado de ti mismo. Ya verás cómo este caso, mi primera investigación, nos dará gratas sorpresas, confirmando mi íntima convicción de que no eres capaz de ninguna vileza

ni bebido ni sereno. ¿Y por qué ibas tú a acompañar y matar a una periodista desconocida?

—¿Y por qué me faltan dos balas y me desperté con diez mil dólares de más? En fin, ahora vamos a atenernos a la rutina. Seguir el proceso de reconstrucción de los pasos del sospechoso Lionel Morgan, examinando el libro registro del parador Holm Stock.

CAPÍTULO VIII

En el vestíbulo del parador, Elia Olgersson acudió al encuentro de la pareja, dedicando primero una ceremoniosa reverencia a Lisbet, para después exclamar cordialmente:

—¡Me enorgullece que recuerde esta su casa, señor Morgan!

—Le debía la cuenta.

—¡Por Dios! —rió el rubio platinado—. La señorita podría formarse un concepto equivocado de mi tacto como gerente, señor Morgan.

—Lisbet Kristen —presentó Morgan—. Hija de mi patrón. ¿Anoté mi profesión en su registro, Olgersson?

—Supongo que sí.

—Le quedaría reconocido si me consintiera en su despacho echarle una ojeada a mi modo de registrarme en hoteles desconocidos cuando estoy beodo, Olgersson.

—Servidor de ustedes. Tengan la bondad de seguirme.

—Pocos clientes, según veo.

—Es hora aún temprana.

El despacho tenía motivos decorativos que Lisbet identificó como genuinos del arte escandinavo.

De un armario, tras acercar un mueble licorera y un cenicero de pedestal entre los dos sillones, extrajo Olgersson un fichero rotativo.

—Este es el volante que usted rellenó.

—Puede que mi petición le extrañe, pero necesito comprobar determinados puntos cronológicos. Usted me dijo que llegué hacia las cinco de la madrugada y rellené esta hojilla.

—Perdón. Firmó solamente, exhibiendo su carnet, del que mi socio tomó las notas pertinentes.

—La firma es algo borrosa, ¿no?

El sueco rió amistosamente.

—Si me tolera la libertad, señor Morgan, llegó usted un poco borroso.

Acercó Morgan la firma a sus ojos y manifestó:

—No cabe duda que es mi firma. Y hasta mi contraseña. Fíjate, Lisbet. Ya conoces mi firma y rúbrica por haberlas registrado en la agencia. Mira

este final de rúbrica como un arponcillo, y debajo la contraseña que empleo.

Ella asentía, sin comprender hacia dónde quería Morgan ir a parar.

—Nadie es capaz de imitarla, salvo conocer mi doble firma, que empleo en los contratos y recibos importantes. Se me ocurrió un día. Bajo la rúbrica ascendente coloco dos letras como un quebrado, separando cada letra por una línea corta. «L» y «M»... Y la rayita especial. ¿Podría quedarme un par de días con este volante, Olgersson?

—No es reglamentario, pero no tengo inconveniente. Si viene algún inspector de registros, aduciré su calidad de periodista y ex detective, señor Morgan. Si me tolera la indiscreción, ¿le sucede algo en que pueda serle útil?

—Gracias. Sigo mi pista. Trato de recomponer mis propios pasos. ¿Gracioso, no? Me dijo usted que me trajo aquí un chófer. ¿Cómo se llama?

—Lo ignoro. Fue mi socio el que le recibió.

—¿Puedo verle?

—Voy a llamarle ahora mismo. Considérense en su casa.

Cuando Olgersson hubo salido, Morgan avanzó el busto, hasta que su rostro estuvo muy próximo al de Lisbet.

Extrañada, murmuró ella:

—Tienes cara de diablo regocijado, Lionel.

—Es que soy un hombre feliz, libre de un gran peso, casi con ganas de silbar melodías primaverales. He resucitado, muchacha. No sé expresarlo, pero reboso alegría vital. Me estás resultando mi hada buena, Lisbet. Has sido la primera en proclamar mi inocencia. ¿Llevas algún arma en este lindo bolso?

—No —y pareció ella alarmarse.

—Tranquila, patrona, que no es *delirium tremens* —siguió exponiendo Morgan, en voz baja—. Es que según se sigue una pista, brota de pronto el relámpago precursor de la tormenta y viene después la calma.

—Contigo creo que voy segura, pero ahora me das miedo, Lionel. Antes, deprimido y aplanado, y de pronto, eufórico y sardónico, con brillo extraño en los ojos. ¿Qué ha sucedido?

Morgan se llevó un índice a los labios, para después apuntar hacia el suelo, diciendo:

—Aquí está la madre del cordero. O más vulgarmente hablando, ya sonó la flauta.

Se abrió la puerta y con Olgersson entró un individuo flaco, muy moreno, de penetrante ojeada gris.

—Soy Gustav Andersen, socio copropietario de este parador. Me ha comunicado mi socio lo que desea saber, señor Morgan. Fui yo quien tuve el honor de recibirle.

—¿A las cinco de la madrugada?

—Menos minutos. Lo tengo anotado en mi agenda Las cinco menos siete, exactamente.

—El chófer cuyo viaje liquidó usted, sería di Nueva York, ¿no?

—Me limité a pagarle.

—¿Cuánto?

—Seis dólares y medio.

—Carrera larga. Algo diría el chófer.

—Que usted se obstinó en dormir en los Hampton, cantando que deseaba mecerse al arrullo di mar, en la costa de los Hampton. Y el chófer recordó este parador.

—¿Matrícula del taxi?

—No la anoté.

Las contestaciones de Andersen carecían de amabilidad de su consocio.

Morgan empleaba también un tono seco.

—Esto tiene arreglo. En la gacetilla de la *Mee nica Popular*, que leen todos los taxistas de la capital, insertaré un anuncio ofreciendo una recompensa de cincuenta dólares al chófer que me trajo aquí a las cinco de la madrugada. Y ahora recuerdo de pronto que le vi, Andersen.

—No lo dudo, ya que le recibí personalmente.

—Antes, antes —silabeó Morgan, poniéndose en pie—. Tiene usted un rostro fácilmente identificable. Puede que ahora le moleste lo que voy a pedirle, Andersen.

Aseguró precipitadamente Olgersson:

—Nada puede molestarnos, siendo petición de un cliente.

Morgan señaló la mesa despacho.

—Una simple declaración haciendo constar que usted me recibió exactamente a las cinco menos siete de la madrugada del diecisiete. Un ruego, Lisbet. Llégate hasta el bar y encarga nuestra bebida predilecta.

Ella se levantó, comprendiendo la indirecta. Le hubiera gustado quedarse, pero los tres estaban mirándola, como al acecho.

Salió y fue a cerrar la puerta Morgan.

Adosándose en ella, cruzados los brazos, anunció satisfecho:

—Así, en privado, es más sencillo pedirles que me den por escrito la confirmación de mi entrada y registro. ¿Es antirreglamentario?

—Un poco, sí —dijo el rubio platinado, cambiando el tono amable por otro incisivo—. No acierto a comprender lo que se propone, Morgan.

—Estoy tanteando a oscuras paredes de laberinto, y, sin poderlo aún demostrar, tengo la convicción de que al menos usted, Andersen, sabe algo de mi laberinto.

Gustav Andersen, sentándose, desenroscó el capuchón de oro de su estilográfica.

En una hoja con membrete del parador empezó a escribir, leyendo a la

vez en voz alta lo que iba anotando:

«El abajo firmante, Gustav Andersen, socio propietario del parador Holm Stock, gerente nocturno, declaro haber recibido e inscrito al cliente Lionel Morgan, a cuya petición ratifico que efectuó su llegada a las cinco menos siete minutos de la madrugada del día diecisiete, en estado bastante pronunciado de embriaguez.»

Alzó Andersen pluma y vista. Ostentaba un rictus burlón.

—¿Complacido, Morgan?

—Basta con que eche la firmita. Añadiendo antes que pagó siete dólares treinta a un chófer cuya identidad desconoce.

Gustav Andersen escribió una línea más y firmó.

Levantándose, tendió la hoja.

Pero Olgersson adelantó la mano y, estrujando la hoja escrita, declaró:

—Sobrepasó la raya de lo tolerable, Morgan. Haremos gustosos cuantas declaraciones sean precisas, si acude usted requiriéndolo legalmente.

Morgan avanzó un poco la mano izquierda, cerrando el puño derecho a la altura del pecho. Pese a la sonrisa, por un instante semejó un pugilista a punto de acometer.

Retrocedió tras pensarlo mejor, hasta tocar de nuevo con la espalda la puerta. Los dos suecos relajaron también sus músculos.

—Va bien, compadres. Este asalto lo ganan. No es lo mismo ensartar embustes verbales que anotarlos firmados. ¿Quieren ser buenos chicos y hablar claro? No les pesará. Esta hojilla lleva mi firma bien imitada, pero no fue mi mano quien la trazó.

Desdeñoso, dijo Andersen:

—No estaba usted en condiciones para firmar con precisión. Estaba usted asquerosamente borracho.

—Ya se averiguará. Y tengo aguante, porque cuando aplazo una pelea, me sobrepaso de la raya, atizando después. ¡Quieto donde está, mastodonte!

Se inmovilizó el rubio platinado.

Agregó Morgan:

—Dé otro paso más, Andersen, y oírás el estampido de lo que escondo bajo el sobaco. Valiente par de tunantes...

Los dos socios, de nuevo aquietados a la fuerza, se limitaron a mirar. En postura napoleónica, añadió Morgan:

—Cuando trazo mi contraseña es porque se trata de algo más importante que un libro de hotel. Además, por «mal bebido» que estuviera, ahora no lo estoy. No he firmado esto. ¿Por qué han falsificado mi firma? ¿Por qué desperté aquí?

Ambos socios encogieron los hombros simultáneamente, dura la mirada.

—Pronto lo averiguaré. El chófer me dirá dónde me recogió y a qué

hora. Hasta pronto, par de tunantes.

Girando el abridor a su espalda, añadió Morgan:

—¿Es aficionado a la pintura, Gustav Andersen?

No esperó respuesta, saliendo al corredor. Con rápidas zancadas, llegó al pequeño bar, cogiendo del brazo a Lisbet.

—Andando, patrona. Esto va como una seda. Todavía no tengo la menor idea de por dónde patino, pero la pista es buena. Imitaron mi firma. ¿Por qué?

En la rotonda de salida, murmuró ella:

—¿Qué..., qué pasa ahora, Lionel? Dejamos el coche allí. Ya no está.

—Prefiero aquel otro. Una espléndida furgoneta de nueve plazas. Un chófer sueco llamado Bert Hanson. Sí, también sueco. Como la agencia, como la periodista, como estos dos tunantes, como los pintores...

Bajo el toldo del aparcamiento, sentado contra el guardabarros, Bert Hanson se irguió al ver acercarse a la pareja.

—¿Cómo está, señor Morgan?

—Podría estar mejor, Hanson. Basta que me diga dónde, cómo y a qué hora me recogió en Nueva York la madrugada del diecisiete.

Extrañado, en exceso extrañado, pensó Lisbet al contemplar el juego facial del chófer, que declaraba:

—Yo le llevé a Nueva York, pero ayer tarde.

—Esto lo recuerdo. Lo que trato de recordar con su ayuda es a qué hora dejé la capital para hospedarme en este parador.

A espaldas de Morgan y Lisbet, dijo Andersen:

—Un cliente le reclama, Hanson. Lleve su coche al patio para recoger el equipaje.

Penetró Hanson en su coche. Morgan, asiendo del codo a Lisbet, sin hacer comentario alguno, se dirigió hacia el «Mercury».

Andersen regresaba a la rotonda.

Lisbet Kristen puso el contacto.

—A Nueva York, barrio Queens, patrona. Avenida Hunters Point, treinta y nueve. Residencia ático de la tunanta Mabel. También allí está la madrecita del cordero. Ignoro de qué clase de cordero se trata, pero balará, vaya si balará.

—Te ha caído un sobre del bolsillo, Lionel.

Al recoger el sobré de la alfombrilla entre sus pies y los de Lisbet/ crispaba Morgan las facciones.

Aquel sobre no podía haberse caído de su bolsillo, por la simple razón de que ignoraba su misma existencia.

Era azul, exhalando un sutil aroma de extracto. El engomado estaba intacto y extrajo una cartulina, también azul.

En la parte superior, a máquina como el resto, pero en mayúsculas, leyó:

«Es copia.

»He recibido la cantidad de diez mil dólares en billetes relacionados por serie y número al dorso, en concepto de anticipo de mis gestiones para cancelar el expediente abierto por Sara Jenkins, secretaria de la agencia Kristen, en la noche de hoy, dieciséis de junio.

«Declaro asumir toda la responsabilidad al percibir este anticipo, estipulando en un total de veinticinco mil dólares mis gestiones para cancelar la denuncia realizada por Orla K. Lagerlof esta noche, a las diez y quince minutos, verbalmente, a Sara Jenkins, en su alojamiento de la agencia Kristen.

»Me comprometo también formalmente a obtener de Orla K. Lagerlof que retire su denuncia. Y que ambas mujeres mencionadas me den una garantía sólida de su silencio y total discreción.

»Doy fe, firmo y rubrico.»

Bajo la última línea mecanografiada, estaba escrito a bolígrafo:

«En el original, reiterada por triplicado, firma y rúbrica de Lionel Morgan. Contraseña de firma contrastada.»

Volvió Morgan la cartulina.

En el dorso, mecanografiadas, había tres columnas de letras y cifras. Sacó un billete de quinientos. Estaba relacionado. Y los restantes eran correlativos.

Guardó la cartulina, el sobre y los billetes que comparó con la relación. Fue rascándose el borde del labio inferior.

Impaciente, comentó Lisbet:

—No acabo de clasificarte, Lionel. Pasas con rapidez de un estado de ánimo a otro. Ahora vuelves a estar como abatido.

—Gajes del oficio, patrona. Cuando me dejes en la acera de la Hunters, ante el treinta y nueve, hazme un favor. Vete a esta dirección que te anoto y pídele a este hombre que vaya al Glory a la una. Dile que es importantísimo. Y que si tiene algún servicio, que se lo sacuda de encima, y sin falta esté a la una en el Glory.

—¿No puedes darme más datos aclaratorios?

—Sólo uno. Que huelo a muerto próximo. A la una en el Glory, Lisbet. Y escucha bien... Si no me presento a la una, no te alarmes, pero entonces quedas libre de encargarle a Jackie Bums la investigación de este caso nebuloso.

—Pero, ¿qué estás tramando?

—No intentes sondearme con preguntas, porque aunque fueras una veterana, estarías tan lejos de la claridad como lo estoy yo, que presumo de lince con mucha pupila. Y si salgo vivo de todo esto, hazme un favor, patrona. Pégame fuerte en la boca, procurando empujar a la vez el vaso, si me sorprendes bebiendo aunque sólo sea cerveza. De ahora en adelante, voy a dedicarme exclusivamente al café y al agua mineral.

Tomando un viraje ceñido, murmuró ella:

—Ahora me asustas más. De los cuatro aspectos que te conozco, éste de ahora me produce mayor impresión.

—Sensibilidad de alma buena que no se merece sufrir por un botarate como yo.

—Te conocí en mi despacho, sarcástico y acentuando voluntariamente tu estilo matón. Después, deprimido y triste, esta mañana, al vemos en tu pabellón. En el despacho de Olgersson, alegremente descarado y simpático.

—¿Y ahora? ¿Qué cara, de las muchas que tengo en reserva, te muestro?

—La de un hombre físicamente dispuesto a lo que sea.

—Acertado. Estoy dispuesto a lo que sea para no continuar debatiéndome en la sospecha atroz de que maté por dinero, impulsado por una embriaguez que no me permite ahora recordar.

—¿Qué digo si Bums me hace preguntas?

—No le digas nada de todo esto, ni de mi visita al parador, ni de la que voy a efectuar ahora. Son las once y cuarto. Si a la una no estoy esperando en el Glory, dile a Jackie cuanto te he expuesto. ¿Conociste bien a Sara?

—Le cogí afecto. Era una solterona agriada, pero nos hicimos amigas.

—No es difícil hacer amistad contigo, patrona. Me hubiera gustado conocerte en mejor ocasión. Volvamos a lo que me atosiga. Todas las mujeres tienen sus secretillos. Y aunque hayan registrado el alojamiento de Sara, puede que exista algún rincón clásicamente femenino para uso secreto en la oficina o en el piso de Sara.

—¿Y qué secreto podía tener la pobre?

—Si Orla Lagerlof visitó a Sara a las diez y quince, y hay quien paga veinticinco mil dólares para que ambas se callen, es que la sospecha de Lagerlof es muy comprometedor para alguien.

—¿Por qué iría Orla a ver a Sara?

—Orla acudió a la agencia Kristen por simpatía ele raza, y por ser su sospecha netamente de las que exigen una discreta investigación. Es posible que Sara le dijese que me buscase a mí. Y tendríamos ya el motivo por el cual Orla aparcó su coche por Broadway. Ambas mueren de un balazo. Ya hay relación entre las dos.

Cerró Morgan los ojos y agregó:

—Lo bien que hubiera yo podido disfrutar de la vida, al tenerte por patrona, de no haber sido un inundo borrachín.

—No te tortures así, Lionel. Mi padre te tiene mucho afecto. Siempre dijo que tú engañas presentándote como una bala perdida, pero que eres un muchacho leal, que sólo te falta hallar la novia adecuada y... serías un marido perfecto. Piensa en el porvenir, y sobre todo no vayas a cometer alguna acción irreparable.

—Gracias, patrona. Repito que eres mi hada buena, pero la pena es que trabamos contacto mal y me fui a beber como un cosaco. Unas malditas copas que han transformado rotundamente mis posibilidades de regeneración en candidatura al verdugo.

Se aplicó Morgan un brutal manotazo en la frente.

—¡Maldito seso de mosquito bañado en alcohol! Cuatro horas... De una a cinco, totalmente en rojo. Como una llamarada constante que impide ver lo que hay atrás. Siluetas borrosas, rojizas. Nada.

—Pero ya sabes que Olgersson y su socio mienten.

—¿Y qué? En todo caso, puedo llegar a la conclusión de que en vez de pegarles una tunda, tengo que besarles, porque son mis cómplices y no me conviene enemistarme con ellos. Vira al cruce, y para más allá de la esquina. Encontrarás probablemente a Jackie en esta dirección, y si no está, te dirán dónde encontrarlo. Un buen chico Jackie. No bebe.

—Has prometido dejar de beber.

—El que van a ahorcar el lunes, jura solemnemente que a partir del martes se dedicará a la floricultura. Bueno, a la una en el Glory.

Lisbet Kristen asintió, trémulos los labios.

No se rebeló, porque el beso fue breve y la entonación al apearse Morgan era cariñosa:

—Dedicado a mi hada buena, que encontré tarde.

Permaneció ella inmóvil, hasta que en la esquina desapareció Morgan.

Y no supo ella por qué le entraron de pronto ganas de echarse a llorar. Le parecía que ya no volvería a ver más al hombre que al principio creyó era un vulgar bravucón barriobajero.

Y que luego, tras un beso fugaz, sabía sonreír en despedida con elocuente guiño que quería ser alegre, pero resultaba inmensamente patético.

CAPÍTULO IX

El guiño que Morgan dedicó a la que acababa de abrir era un compendio de insolencia.

Mabel Smyrna, bostezando, ahuecó las ondas de su melena. El pijama lilial la hacía más menuda, más infantilmente perfecta.

Preguntó Morgan:

—¿Cómo le sigue la manita a Johan?

—No estoy aún bien despierta, chico.

—Yo, sí. Del todo, chica.

Fue ella a sentarse en una banqueta del estudio.

Morgan apartó el trapo que cubría un lienzo.

Un boceto de Mabel, delicioso. Pero no de mano de artista, sino de aficionado con buen trazo de dibujo y colorido ingenuo.

—¿Vienes a comprar un cuadro, Lionel?

Morgan apuntó con el índice hacia el teléfono.

—Apuesto diez mil contra un bucle tuyo a que hará cosa de media hora funcionó mucho este indiscreto cacharro.

—Funciona.

—¿Quién de los tunantes? ¿Gustav o Elia?

—Para algo eres periodista y detective, chico.

Fingía ella indiferencia, pero conservaba las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta del pijama.

—Te voy a demostrar que soy un sabueso de los bien pagados por méritos indiscutibles. Un buen sabueso debe tener memoria para recordar rostros, voces y aromas. Lo gracioso es que no recuerdo lo que hice ayer por la madrugada entre una y cinco, pero en cambio apenas abrí un sobre azul, te olí, chica.

—Me encanta el extracto de «Chanel» número dos.

—No niego que huele fabulosamente bien. Y ya que esperabas mi visita, ¿tienes algo que comunicarme, Mabel?

—Pregunta.

—Firmé por triplicado cierto documento. Tengo esta costumbre cuando estoy de buen humor. Cobré diez mil. Ya que he cumplido, vengo por el

resto. Lo dice el documento de marras... «He recibido diez mil en concepto de anticipo para cargarme a Sara Jenkins y a la indiscreta Orla K. Lagerlof», cuya «K» me intriga mucho.

—Orla Karen. Dos nombres suecos.

—En cierta ocasión oí decir: «Este chico se hace el sueco». Estaba lejos de asimilar la gran verdad que contiene esta expresión de hacerse el sueco. Bien, monada... Mis quince mil.

Mabel Smyrna se encogió de hombros.

—No es a mí a quien debes pedir el dinero, Morgan.

—Indícame, entonces, a quién.

—Encontrarás el dinero restante en la caja buzón de tu casa de Jones Beach. Eso es cuanto sé.

—He ido algunas veces al Uptwon. Nunca te vi.

—Anteanoche fui allí por vez primera.

—Y a lo mejor, también los pintores que eran cuatro. Uno de ellos, Gustav Andersen, el gerente nocturno que toma servicio en el parador a las once, según su tunante de socio y que, sin embargo, estaba a la medianoche en el Uptwon.

—Tengo que advertirte que yo no sé nada de nada. Soy solamente modelo para pintores y únicamente sé que la noche a que te refieres vino a buscarme Johan Brisson hacia los once para llevarme el Uptwon. Por el camino me explicó que tú eras un periodista que estabas tomando unas copas allá y que por todos los medios procurase entablar contacto contigo.

—Y tanto Stig como Anton pretendieron que te rapté cuando recuerdo perfectamente que me sonreías invitante y por esto te saqué a bailotear. Bebimos y fuera subí en un coche... Ya voy viendo vagamente. Un coche... ¿Eras tú la mujer sentada a mi lado?

—No.

—Total, qué importa. Cumplí el contrato. ¿Por qué te empeñas en tratarme como a un peligroso enemigo?

—A mí) tú, ni fu ni fa, querido.

—Yo he venido a cobrar no a dar, querida. Y hay pistolitas que aunque parezcan de juguete y quepan en poco espacio, perforan de muerte. No veo la razón por la cual te adornas con esta filigrana de pistola. Somos amigos, ¿no? Vamos en el mismo barco, ¿no? Escribiste la notita azul, ¿no?

—No uso papelito azul.

—Pero huele como tu personilla. Al dos de la comadre Coco Chanel.

—Perfume que muchas damas usan.

—Con tu excepción por lo que a damas se refiere.

—Ya puedes irte, porque te he dicho cuanto sé. Total, una broma de bohemios.

—Una broma muy cara puesto que me pagan veinticinco mil.

—No tengo idea de lo que hablas. A mí Johan me pagó un juego de

tocador que me traía loca, para que entablase amistad contigo y te condujese hasta un coche que esperaba. Así lo hice, y me fui.

—¿Qué clase de coche?

—No me fijé.

—Entonces, ¿cómo pudiste llevarme hasta un coche sin ni siquiera saber de qué color era?

—Un dos plazas, gris acero, con aro blanco esmaltado en las ruedas. Había una mujer. Comprendí que el bromazo seguía.

—Y tanto... El «DKW» en que fue asesinada de un balazo en la sien Orla Karen era gris acero, dos plazas, etcétera. ¿Por qué no te vestes ya, Mabel?

—Porque no me da la gana.

—Vas a llamar mucho la atención si te llevo así al despacho de un conocido mío.

—Según quién sea.

—En su casa le llaman Gustavo; en su despacho, Murdock, y sus subordinados le llaman capitán a secas. Brigada ocho de Homicidios. Están barrenándose la sesera para dar con el asesino de Sara Jenkins y Orla Karen Lagerlof.

—¿Y para qué he de ir yo allá?

—Es tu obligación de ciudadana consciente de su deber. Has de declarar que tus cuatro amigos pintores, los suecos, te emplearon de sirenita para conducirme hasta un coche donde aguardaba mi primera víctima. Mientes más que hablas, preciosa.

—¿Que yo miento? No veo en qué.

—En todo. ¿Qué falta hacían tantos preparativos, si bastaba con comunicarle a Orla Karen dónde estaba yo? Y como llevar uno su propio caso quita imparcialidad, prefiero que lo lleve un técnico oficial, que empezará por someterte a un interrogatorio más apretado.

Ella estaba tensa, alerta.

Sacó con rapidez la pequeña automática, cuando dos pasos más cerca, insinuó Morgan:

—¿Es que no entraba en el plan esta reacción mía? Posiblemente tus pintores pensaron que yo cobraría el resto callándome. Pero se olvidaron del gran imponderable. Si yo recordase cómo maté, asunto concluido. Lo que sucede es que mi deformación profesional es ya un vicio como la droga, hasta el punto de que prefiero ir a la silla de los calambres eléctricos, si no logro ver claro en todo esto. Ojo... Si aprietas el gatillo hay quien sabe que estoy aquí. Y entonces todo lo pierdes, incluido tu juego de tocador.

Ella siguió apuntando con el diminuto cañón a media altura.

Replicó, rencorosa:

—No me agrada tu expresión desde que entraste, Morgan. Si lo que buscas son explicaciones, sólo sé lo que te he dicho. Si ha de interrogarme

un policía, admitiré que te dejé cerca de un «DKW» a la una de la madrugada. Los pintores que me dijeron que una compatriota preguntaba por ti. Esto es cuanto sé.

—¿Y el sobre azul?

—Nada tengo que ver con este sobre, chico.

—Bueno, te has de decidir, chica. Dispara o vístete. Me da lo mismo. Te concedo el privilegio de esperarte diez minutos.

—Mira que te vas a comprometer inútilmente porque de verdad que no sé nada más que lo dicho

—¿No? Desde que leí el tarjetón azul perfumado con tu extracto, me ahiné como una lapa en un solo esfuerzo. Tratar de recordar... ¿Dónde había yo firmado? ¿En qué coche? ¿Junto a qué mujer? ¿Y qué vocecita acariciante me pedía mimosa: «Un autógrafo, querido, porque eres un célebre periodista investigador, chico»?

—Esto son vapores del alcohol, chi... chico.

—Vaya... Primer tartamudeo de la muy aplomada Mabel. Tu voz es acariciante cuando quieres, y yo estaba, como dices, inmerso en vapores de alcohol. Pero a medida que me acercaba a tu nido, fui recordando... El coche no era un dos plazas, sino que tenía tres banquetas. Tú me presentabas una libreta, sujetando los bordes, porque yo estaba todo turbio. Firmé y seguro que dije algo parecido al triplicado tratándose de ti, que bien valías un triplicado.

—Gracias, generoso.

—Lo que no sabía es que estaba firmando, y con toda legitimidad, un documento por el que me comprometía a matar a dos mujeres. Tú te reías. Tu risita cosquilleaba agradablemente mis oídos. No estaba para examinar el truco que ya he adivinado más o menos. La hoja de libreta con otros autógrafos arriba, y tu dedo bonito se apoyaba a partir de la mitad inferior. Y firmé directamente, no en la hoja, sino al pie del papel en blanco.

Rió ella, refocilándose como una gatita golosa ante un torpe simio:

—No fue tan complicado. Firmaste donde yo te señalaba. Al pie de una hoja en blanco.

—Que luego rellenaron a máquina. ¿Cuál de tus pintores?

Ella apuntó con la pistola a un lado, hacia una ventana que daba a la terraza.

Pero Morgan no se volvió.

Preguntó incisivamente:

—¿Ya han tenido tiempo de llegar todos ellos?

—Si esto era lo que querías, lo has conseguido, chico. Ellos sabrán explicarte todo adecuadamente.

Morgan fue a sentarse en una silla adosada a la pared, junto a un pequeño estante librería.

Por el abierto ventanal, pidió Stig Fulgen:

—Vete a abrir, Mabel. Están esperando Anton y Johan.

Apremió Morgan:

—Vete a abrir, Mabel. Ya estamos casi todos. ¿Qué tal este gran cerebro, Stig?

El pintor no replicó.

Miraba al periodista-detective con irónica expresión plasmada en su rostro inteligente.

CAPÍTULO X

Mabel Smyrna se había dirigido al pasillo. Entraron Anton Stack y Johan Brisson, éste con la zurda vendada.

Desapareció Fulgen del ventanal.

Encendiendo un cigarrillo, observó Morgan cómo se distribuían los dos suecos. Estratégicamente. Uno en cada esquina opuesta.

Y entrando, dijo calmosamente Stig Fulgen:

—Le traigo sus quince mil restantes, Morgan. Tiene derecho a cobrarlos, a firmar el cobro y a olvidarse por completo de lo que llamaremos sus gestiones. Le hemos pagado porque nos garantizó su discreción. Si no quiere cobrar, vaya a la comisaría que prefiera.

—Prefiero seguir oyéndole, Stig.

—Después de firmarle un autógrafo a Mabel, me firmó a mí el documento del que tiene copia. Yo no le pedí que matase a nadie.

—¿No?

—Usted fue el que se jactó de tener gran influencia en la agencia Kristen, y como Orla Karen había acudido a dicha agencia, le di crédito a usted. Sara Jenkins le telefoneó al Uptwon pidiéndole que fuera a verla urgentemente. Y usted contrató en veinticinco mil dólares sus servicios.

—¿Para...?

—Para impedir que la agencia Kristen investigase la denuncia de Orla Karen confirmando si yo era o no era Gosta Jorgen, reclamado en Noruega por supuesto criminal de guerra. Y, en efecto, aunque me he teñido el cabello, yo soy Gosta Jorgen.

Morganapuró ávidamente otra bocanada de humo y al exhalarla fue contemplando, alternativamente, a los tres escandinavos.

El que acababa de declararse criminal de guerra, sentándose donde antes estuvo Mabel, añadía:

—Orla Karen nos vio cenando en el parador Holm Stock. Trató de disimular que me había reconocido. Hasta le preguntó a Elia Olgersson quién era yo. Pensaría que se exponía a una reclamación judicial por calumnia si yo era realmente el pintor Stig Fulgen. Se fue en su coche, y la siguió Gustav, viéndola entrar en el edificio de la agencia Kristen.

—¿Solamente la vio?

—Pudo también oírla, así como a Sara Jenkins, quien aseguraba que era urgente encontrarle a usted. Daba ella por descontado que usted estaría recorriendo «lugares de perdición» según propia expresión.

—Muy propia de ella.

—Sara Jenkins dijo que le telefonaría a usted hasta localizarle. Orla Karen obtuvo una foto de usted, diciendo que tenía prisa, pero no quería exponerse a un error, aunque estaba convencida de que yo era el hombre por el cual, pese a los años transcurridos, siguen ofreciendo las autoridades noruegas una gran recompensa. Cuando conseguimos localizarle a usted antes que Orla Karen y las llamadas telefónicas de Sara Jenkins, entonces Mabel se cuidó de atraerle hacia el coche de Bert Hanson.

—¿También son criminales de guerra Hanson, Andersen y Olgersson, tan jóvenes con relación a los años cuarenta?

—No lo son. Hace tiempo que residen en Long Island, donde ya vivían por los años cuarenta. Pero al igual que estos dos amigos míos, conocen mi identidad verdadera y mi actuación. No deseo justificarme ni aludiré al hecho de que por aquellos años yo apenas había cumplido los veinte. Hice lo que hice porque lo consideré necesario. Y también por esta misma razón le ofrecí veinticinco mil dólares. No para matar.

—¿Qué debía, pues, hacer, según usted?

—Engañar a Orla Karen y convencer a Sara Jenkins.

—Si vamos a la policía sabrán que soy criminal de paz, pero usted perderá su camuflaje de Stig Fulgen.

—Si no quiere aceptar el resto de sus honorarios, nos bastará con llevar la barcaza fuera de aguas territoriales.

—¿Conmigo como carnaza para peces?

—O tal vez Andersen, o Olgersson, o el propio Hanson, no queriendo comprometerse por haber dado hospitalidad y ayuda a un compatriota, hicieran lo que no quiero hacer, Morgan. Liquidarle.

—¿Por qué llegar a tal extremo?

—Están enojados con usted, porque al igual que yo y todos nosotros, dábamos por firme su discreción profesional, y aún más al leer en la Prensa que su método de cumplir con su compromiso había sido matar. Ya no acusarían solamente a los tres de encubrir a un amigo bajo falsa identidad, sino, además, les culparían por no haber delatado a un criminal de paz.

—Mis preguntas iban a un solo fin, cliente Stig. Yo estaba embriagado. A fondo.

—Pero aceptó mis explicaciones y declaró que por veinticinco mil dólares, de los que estaba ya palpando diez, era capaz de hacer guardar silencio a un charlatán de feria hambriento. Estas fueron textualmente sus palabras.

—Todo va ya aclarándose. Pero nadie me creerá, aunque soy el primer interesado en conservar el más estricto de los secretos. No recuerdo nada de lo sucedido entre la una y las cinco de la madrugada.

—Mabel le llevó al coche de Hanson. Yo vine y le expuse lo que estaba sucediendo. Usted aceptó y el propio Hanson le dejó junto al coche aparcado de Orla Karen. Convinieron en que Hanson le esperaría donde antes estuvo. Y cuando a las cuatro, aproximadamente, se desplomó usted como un fardo dentro del coche de Hanson, exhibía convulsiones de tipo epiléptico. Entonces decidí que se alojase en el parador. Yo mismo firmé, imitando la rúbrica legítima que consta en su primer recibo.

—Debieron hacerme constar como ingresado a las dos de la madrugada. Era la coartada que me falta.

—No podía hacer correr este riesgo a mis amigos por si le hubiesen visto, ya que al leer la Prensa, no diré que me asusté, pero estimé que estando de por medio dos asesinatos, no podía yo exigirles a mis amigos se prestasen a dar una falsa coartada.

—Bien, o sea que he de resignarme a la idea de que soy un asesino a sueldo.

—No le insté a matar. Si lo hubiera considerado preciso, lo habría realizado personalmente. Me limité a pagar para que usted, dada su personalidad al servicio de la agencia, convenciese a Orla Karen de que estaba en un error. Y para que eliminase toda constancia de cualquier anotación en los archivos particulares de Sara Jenkins.

—Debería sentirme abrumado, pero no lo estoy. Lo que me atosigaba era no saber nada cierto, sino simplemente sospechar. Debí actuar en estado de sonámbulo, como a veces me ha ocurrido al beber en exceso. Pero ya que me ha hablado tan sinceramente, voy a corresponderle.

—Se lo agradeceré mucho.

—A la una, en el Glory, me espera Lisbet Kristen con Jackie Burns, un amigo mío, sargento de detectives. Ella no dirá nada, siempre y cuando llegue yo a la una.

—¿Chantaje, Morgan?

—No, no, todo lo contrario. Trataré de ganarme el resto de la paga. Repito que lo que me sacaba de quicio era la ignorancia. No podía atar cabos, puesto que no recordaba nada desde el momento en que entré en el coche con Mabel Smyrna.

—¿Y ahora lo ve todo con claridad por fin?

—Explicado por usted, todo ha quedado clarísimo. No consigo aún verme apretando el gatillo contra las dos mujeres por turno, pero todo encaja perfectamente. Y como es natural, sabré encauzar las investigaciones de modo que a ser posible no den con el que mató a Sara Jenkins, después de silenciar para siempre a Orla Karen Lagerlof.

—¿Qué le ha dicho a Lisbet Kristen?

—Que estaba tratando de recordar lo que me pasó. No iba a confesarle que sospechaba de mí mismo como asesino posible.

—¿Para qué citó al sargento Burns?

—Porque si aquí llego a tropezarme con las mismas reticencias que encontré en el parador, habría terminado por preferir la silla eléctrica al progresivo ascenso hacia la demencia. Ignorar es insoportable, tanto para el delincuente como para el periodista sabueso. Conque figúrese siendo yo ambos a la vez.

Salieron de la estancia Anton Stack y Johan Brisson.

Stig Fulgen iba contando sobre una mesita un fajo de billetes.

—De quinientos y cien, numerados. Firmará usted el segundo y definitivo recibo. Usted mismo puede redactarlo. No hace falta que especifique nada. Simplemente, que recibe los quince mil restantes por sus gestiones, sin mencionarme.

Tras escribir Morgan, leyó Fulgen-Jorgen:

—«He recibido quince mil dólares en efectivo, resto del pago por mis gestiones contratadas en la madrugada del diecisiete de junio. Resto que percibo hoy, dieciocho.»

Por triplicado, la firma, rúbrica y contraseña.

Doblando el recibo, dijo Fulgen-Jorgen, ceremonioso:

—Gracias.

—A usted.

—¿Qué piensa hacer ahora, Morgan?

—Declararle a Burns que me retiro de mis actividades periodísticas investigadoras, para dedicarme de lleno al negocio de explotar mi barca y las habitaciones playeras. Y a Lisbet, repetirle mi suposición de que fue un exceso de bebida la que me condujo a ver misterios en mi despertar en el parador.

—Puede que nos volvamos a ver por los Hampton. La isla tiene paisajes que deleitan a mis amigos. Le ruego que mantenga la promesa que en su nombre haré a Olgersson, Andersen y Hanson en el sentido de que usted cesará por completo de efectuar investigaciones.

—Lo puede dar por segurísimo. Y si en lo sucesivo se presentase algún caso en que pudiese servirle extraoficialmente, cuente conmigo.

Fueron en silencio hasta la puerta.

Antes de abrirla, agregó Morgan:

—Es usted endiabladamente inteligente. Lleva en su bolsillo mi doble condena. Ha pagado una buena cantidad, pero mi mortal silencio y eterna discreción le quedan garantizados.

La constante seriedad reflexiva de Stig Fulgen se alteró al esbozar una tenue sonrisa.

—El único reproche que queda por hacerle, Morgan, es que tal vez sus métodos sean excesivamente tajantes. Esperemos que no vuelva a

presentarse otra periodista curiosa. Buenos días.

Bajando la escalera, Morgan sonreía sin la menor alegría.

Le habían ya explicado, lo sucedido en cuatro horas nebulosas.

CAPÍTULO XI

Alejándose, miró su reloj.

Le quedaba aún cerca de media hora para la cita en el Glory.

Cuando dos travesías más allá encontró un taxi libre, al que dio una dirección, le constaba que era seguido.

No demostró saberlo, puesto que ya tenía el pleno convencimiento de que estaba condenado a morir, cuando fuese oportuna la ocasión para los otros.

No era oportuna en el ático habitado por Mabel Smyrna.

Podía ahora permitirse el lujo de consultar a uno de los mejores y más caros especialistas neoyorquinos, que se calificaba diplomáticamente de neurólogo.

Francis Bushman había sanado a muchos intoxicados, principalmente, discípulos de Baco.

Antes de llegar al consultorio había que pasar por diversas formalidades. Cita preliminar, como primera y esencial.

Morgan entregó a la secretaria de recepción su carnet, arguyendo:

—Comunique textualmente al doctor que es urgente. Caso de vida o muerte, por favor.

—Intentaré hacerle llegar su petición.

Cinco minutos después era acompañado por un corredor particular que esquivaba los saloncitos de espera.

Francis Bushman, de rostro perspicaz y ademanes concisos, señalando un sillón, manifestó:

—Buenos días, señor Morgan. He atendido su demanda por tratarse de una doble profesión la suya que justifica irregularidades. Dígame de qué se trata esta cuestión de vida o muerte.

—Me he extralimitado en varias ocasiones, bebiendo. Me ha costado al día siguiente recordar determinadas acciones cometidas en la euforia artificial del alcohol. Pero al írmelas evocando los que conmigo estuvieron, o fueron testigos, la memoria me volvió. Mi pregunta es sencilla y la resumo así... ¿Es posible que yo, embriagado, pueda accionar durante un lapso cercano a las tres horas, sin que, pese a explicarme lo que hice, no lo

recuerde, por más esfuerzos que haga? Es cuestión de vida o muerte, doctor.

—Que no puedo aclararle en instantes. Necesitaría su historial clínico, antecedentes, una exposición detallada de los hechos que no logra recordar.

—No puedo. Sólo deseo saber si es posible actuar con ingeniosidad muy despierta y luego sumirse en ataque epiléptico, para despertar doce horas después, totalmente incapacitado para recordar.

—En términos generales, no científicos, existe un estado que puede ser llamado de modorra activa. Aletargados ciertos lóbulos cerebrales, pero activos otros, pueden cometerse acciones de insuperable precisión, como las efectuadas por sonámbulos, y cabe en lo posible que al despertar sigan aletargados los lóbulos que suscitan en la pantalla mental la imagen que quiere evocarse.

Morgan se tocó la frente.

—Si en esta pantalla nada se plasma, por lo que a determinadas horas se refiere, ¿debo, pues, considerarme un enfermo peligroso?

—Según sean sus acciones en este estado letárgico. Lo antes posible disponiendo usted de tiempo y deseos de exponerme confidencialmente su problema mental, podré diagnosticar el método terapéutico. De momento, prescinda del alcohol, pero no bruscamente. Es peor en estos casos la supresión radical porque el organismo ya está habituado. Disminuya progresivamente las dosis de alcohol hasta la abstención total. Vuelva a verme tan pronto pueda.

—Gracias, doctor. Y una última petición que también le aclararé en otra visita reglamentaria. Es muy posible que al poco de yo abandonar su consultorio, una persona, que dirá ser íntima amiga, venga a solicitar su informe sobre mi consulta.

—Pertenece cuanto me ha dicho al estricto secreto profesional.

—Por eso mismo, le ruego que lo infrinja en mi propio beneficio. A la persona que le pregunte, dígame que considera necesario que me vigilen sin demostrarlo, porque esta persona quiero que esté convencida de que me considero capaz de haber cometido acciones violentas, que no he especificado en un lapso de varias horas... de letargo activo.

—Lo haré tal como me pide. Pero en mi archivo privado inscribiré cuanto hemos hablado, y su petición con referencia a la persona que cree me visitará.

—Eso es, doctor. Y si me ocurriera algún incidente, haga uso de lo que por ahora le suplico encarecidamente mantenga en secreto. ¿Qué le debo, doctor?

—Cobraré honorarios duplicados en su. Próxima visita que deseo sea lo antes posible. Buenos días.

Cuando Morgan en la calle penetraba en su taxi dando la dirección del

Glory, Mabel Smyrna solicitaba ser recibida por el doctor Bushman.

Al serle preguntado el motivo de su visita, sin previo acuerdo de hora, dictó a la secretaria:

«Familiar del periodista Lionel Morgan.»

Minutos después, aceptando la invitación de la pitillera del neurólogo, mintió ella con gran sinceridad:

—Últimamente me preocupa mucho Lionel, doctor. Le seguí, viéndole entrar aquí. ¿Es grave lo que le sucede a Lionel? Hemos de casarnos, y le quiero tanto que no me hará renunciar a él, sino tratar de cuidarle, lo que usted me pueda revelar.

—Suele ser estrictamente confidencial lo que mis clientes me exponen y aunque el señor Morgan me ha visitado por vez primera, le considero un enfermo que puede ser curado, si se le vigila afectuosamente. En concreto, quiso su prometido cerciorarse de si era posible que en estado de acentuada dipsomanía cometiera hechos que no logra recordar. Le insté a que me detallase los hechos, pero se negó. Tuve entonces que afirmarle que era posible efectuar acciones que no pueden recordarse por haberlas realizado en estado de parcial obnubilación.

—¿Y esto qué es, doctor?

—Un aletargamiento de lóbulos cerebrales producido por una atrofia que en principio siendo de corta duración, unas horas, puede llegar a convertirse en crónica y peligrosa.

—¿Qué puedo hacer por él?

—Trate de que no beba más, hasta que pueda convencerle de que me visite de nuevo. No me debe nada, señorita. Su visita ha obedecido a impulsos afectivos. Buenos días.

Mabel Smyrna reprodujo, aunque menos técnicamente, los resultados de su averiguación a Stig Fulgen.

—¿Que no beba más dijo el especialista? —murmuró pensativo el escandinavo—. Bien. Ahora que ya se ha convencido de que asesinó, eliminaré el peligro que supone su continuidad en Long Island.

—¿Cómo, cariño?

—Con el toque final quedará por cancelado definitivamente ante la policía el doble asesinato de Sara Jenkins y Orla Karen. Esta misma noche contribuirás a liquidar adecuadamente este asunto, Mabel. Voy a detallarte lo que tendrás que hacer.

* * *

Faltaban diez minutos para la una, pero junto al ventanal dando a la acera, estaba ya esperando Lisbet Kristen.

En el Glory había bastante concurrencia. La hora del aperitivo para los demás coincidía con la hora del desayuno de muchas coristas y

partiquinos.

Frente a Lisbet, al sentarse Morgan tendió las dos manos y a ella le pareció natural que las suyas quedaran aprisionadas.

—Ya está resuelto mi problema, Lisbet. Mi extrañeza al despertar en un parador que desconocía, así como mi infundada sospecha de que sucedían cosas raras, se han esfumado. Debes darme un amplio margen de confianza, Lisbet. Es bochornoso confesar que ha sido de nuevo un cúmulo de necesidades cometidas bajo la influencia de la bebida. Acabo de visitar a un especialista y me ha recomendado reposo, cambio de aires y disminución progresiva en la ingestión de alcohol, hasta desintoxicarme.

Para quien observase a la pareja podía ser muy natural que se hablasen con las manos entrelazadas. Pero para Lisbet Kristen resultaba elocuentísimo el mudo mensaje contenido en los significativos apretones que daba el periodista como si puntuara palabras o avisase de un peligro.

Al respaldo de la silla ocupada por ella había dos sillas en las que se sentaban dos hombres, que poco antes de llegar Morgan, habían elegido aquel lugar. Saboreaban aperitivos.

—¿Encontraste a Jackie Burns, Lisbet?

—Está ausente, en Albany, y no regresará hasta mañana.

—Dile si lo ves, aunque no hace falta, que voy a tomarme unas semanas de reposo en una playa. Tengo los nervios descompuestos y es hora de que abandone la bebida.

—Prometiste colaborar en la investigación de la muerte de Sara.

El apretón fue ahora más recio y ella hizo una mueca dolorida.

—La policía oficial ya dará con el asesino, Lisbet. Y si no lo consigue dentro de unas semanas, ya restablecido, me pondré al trabajo. Tenías razón al decir que estaba deprimido, como alucinado y absorto en preocupaciones. Cosa de lóbulos cerebrales, que volverán a funcionar adecuadamente tras un reposo.

—Pero yo tengo que verte, Lionel.

—No. Tengo que elegir un sitio donde esté lo más tranquilo posible. Y en la separación aquilatarás mejor mi verdadero ser. No te conviene creer en mí... hasta que regrese curado de mi actual crisis mental.. No, no estoy loco, pero debo evitar volverme loco.

—Me preocupa tu estado de ánimo.

—Que cambiará radicalmente si me guardas el secreto de mi provisional indisposición. Y ahora nos vamos a despedir por unos días y será más grato nuestro encuentro dentro de un par de semanas a lo máximo.

—No deberías beber, Lionel.

—El doctor ha dicho que es malo cortar en seco.

—Debes escribirme dándome tu nueva dirección.

—Reposo completo, querida. Pensaré constantemente en ti. De veras. Y

ahora para no hacer más difícil elirme, quédate tal como estás. Así, con carita de pena, que me halaga mucho. Ya era hora de que alguien con buen fin se preocupase por mí.

Ella sonrió con esfuerzo.

Pensaba que, por razones que aún no debía conocer, el atractivo periodista de choque de la agencia se despedía para efectuar una reaparición espectacular.

Resolviendo definitivamente el caso Jenkins-Lagerlof.

—Hasta pronto, Lionel.

—¿Puedo...? —inquirió él a su lado, inclinándose.

—Sin insistir —musitó Lisbet.

Un beso que no fue fugaz, sino insistente.

Permaneció ella ojos cerrados, tratando de analizar por qué en un beso podía expresarse tanto.

Morgan comió a solas en un restaurante del Riverside.

No estaban allí como en el Glory, a espaldas de Lisbet, Stack y Brisson. Pero había divisado varias veces la silueta de Anton Stack en el bar de enfrente.

Acechaban la ocasión para «terminar de resolver el caso Jenkins-Lagerlof».

Entretuvo el resto de la tarde entre los espectadores del «rolling-stroke» y la revista sobre hielo del Madison.

A las siete un taxi le llevaba a Jones Beach.

Se dirigió al pabellón y al pasar ante la caseta habitada por Logan, éste saludó desde el umbral:

—Buenas noches.

—Excelentes. ¿Qué noche es la que tiene libre, Logan?

—La que usted disponga.

—¿No tiene parientes a los que desee visitar?

—En Albany, pero entre ir y tal...

—Ya que voy a pasarme unos días por aquí puede tomarse los días necesarios para ver a sus familiares. ¿Bastan cinco?

—Muchas gracias, señor. ¿No me necesitará en estos días?

—Me han recomendado soledad y quietud completa. Tome.

Examinó Logan el fajo de billetes y masculló confuso:

—Hay más de cien, señor. Es demasiado.

—Soy un hombre afortunado. Hágame un favor, ¿quiere? Estoy falto de provisiones. Pase ahora cuando se vaya a la estación de Cross Hampton por el parador Holm Stock. Tienen buen whisky. Dígales que me remitan una caja y fiambres.

—Puedo traérselo yo, señor.

—No, no. Usted tómese sus cinco días de vacaciones que después ya trabajaremos de firme. Buen viaje, Logan.

—Gracias, y que se reponga usted, señor. Bueno, quiero decir que le siente bien la soledad y reposo que le han recetado. Buenas noches.

En el pabellón, Moran calzó unas sandalias tras haberse puesto un pantalón tejano y una camisa blanca.

En la percha donde colgaba su americana quedó también la funda pistolera.

Bajo la única luz de la pantalla sobre la mesita, fue barajando y extendiendo pacientemente los naipes.

Inició un solitario.

CAPÍTULO XII

—Una quietud nocturna dando la sensación de que se halla usted a mil millas de la ruidosa civilización.

Esto le había garantizado el agente inmobiliario al elogiar la casa de la colina de Jones Beach.

Y en efecto, salvo el rumoroso entretejer de espumas salinas, la quieta noche de junio daba la impresión de que la vida trepidante, plena de decibles, había cesado por completo.

Un mundo de paz, de sosiego, de apacible silencio.

Corridas las cortinas de los ventanales, en marcha el silencioso ventilador, la gran sala redonda que ocupaba toda la planta baja, era fresca y muy íntima.

Por ello resonaron más acentuados los leves golpecitos en la puerta.

Fue a abrir Morgan.

—¡Caramba, qué sorpresa! Creí que era un botones del Holm Stock — manifestó Morgan, abriendo del todo.

Mabel Smyrna preguntó:

—¿Defraudado?

—Halagadísimo. Pasa, pasa.

Ya dentro sonrió ella:

—Estás muy solo.

—Ya no tanto. Y de acuerdo a cómo me enseñaron en los manuales de cortesía, te afirmo que has tomado posesión de tu casa con todo cuanto contiene.

—¿Incluido el inquilino?

—Gratis por ser para ti, chica.

—Tu nido está bien, aunque tan alejado de todo vecino, me daría a mí algo de miedo.

—A mí lo que me da pánico es tener vecinos. ¿Has cenado?

—Sí. ¿No te asombra mi visita a estas horas?

—Como mujer tienes todos los privilegios inherentes a tu condición y sexo. Además, ahora somos, si no cómplices, fea palabreja, compañeros de trabajo.

Fríamente, sonrió ella, reclinándose hacia atrás en el sillón.

—¿Pintas también?

—No, francamente no me inspiras intentos artísticos ni mucho menos, Mabel.

—¿Qué te inspiro?

—Muchas cosas, ninguna artística. Me refería al hablar de compañerismo al hecho de que compartimos un secreto importante. Ya sabes que soy un asesino bien pagado.

—Lo sé.

—Y yo sé que tú eres una lagarta. Preciosa, pero lagartija.

—Esperaba un mejor recibimiento.

—No me abalanzo sobre las mujeres visitantes así en frío. Aunque contigo ni con temperatura febril me acaloraría.

—¿Es insulto o elogio?

—Vete a saber.

—Ten presente que no acostumbro a visitar así a quienes no me invitaron.

—Alguna vez tenías que romper con la buena costumbre.

—Y además no siendo tú pintor... En realidad, si he venido es porque me aburría en la chalana.

—¿Chalana? Femenino de chalado, ¿no?

Imitó ella una risita. Con cara de fastidio.

—A ratos debes inspirar deseos casi homicidas, Lionel.

—De ti lo que me produciría terror sería inspirarte deseos normales. ¿A qué chalana te referías?

—La que es propiedad de Stig. Le dije que iba a dar una vuelta por la playa. Aquella barcaza se balancea demasiado.

—¿Te mareaste?

—Nunca me mareo. Eres casi un hombre atractivo, ya que tienes veinticinco mil dólares. Una cantidad con la que se pueden hacer algunas cosas interesantes.

—Por esto me he encerrado aquí. Para saber qué es lo que voy a hacer. Lo prudente sería irme a otro país y como dicen en las películas, rehacer mi vida. Un día u otro la policía dará con mi pista, y no disfrutaría de mis ganancias.

—Podría ser que a Stig no le guste saber que quieres irte.

—No puede tener el menor temor de chantaje. Para denunciarle a él como ex criminal de guerra, tendría que denunciarme primero yo mismo. O lo haría él, llegado el caso. Total, el único riesgo que corre es que le reprochen no haber revelado que yo cumplí un contrato de profesional experto, matando en vez de convenciendo.

—Entonces, ya recuerdas lo que hiciste.

—:No lo recuerdo, pero un técnico en estas cosas de borrachos

peligrosos, me ha dicho que era cosa corriente.

—¿Matar?

—No, no. Cometer actos violentos y luego no recordar. Amnesia especial y parcial.

—¿No tiene cura?

—La que sigo. Aire puro, reposo y lenta desintoxicación. Por eso, siguiendo la receta, he pedido al Holm Stock que me enviasen los medicamentos necesarios. Vitamina jota y efe.

—¿Cuál es el chiste?

—Vitamina jamón y frasco. Agítese antes de usarlo. Un trocito de jamón y un sorbito de whisky.

—¿Cómo lo agitas?

—Bailoteando a la luz de la luna. Soy así de poético. Hasta bailo solo y de coronilla.

—¿Actualmente no tienes novia?

—El puesto ya está cubierto, nena.

—Yo tengo ya quien me gusta, y no eres tú ni mucho menos.

—Entonces es un cegato o no es celoso.

—No es celoso. ¿Por qué iba a ser cegato?

—Eres bonita, pero falsa como una chapa troquelada con la insignia del dólar.

—Eso dices tú... ¿Eres capaz de sentir amor?

—Por una mujer, mujer, sí. Y claro que tengo un amor, pero precisamente porque lo es de verdad, no quiero sacrificarla a ella. Me olvidará y asunto terminado. Vaya... Ya era hora. Las provisiones de boca.

Fue ella a abrir.

Entró Gustav Andersen, el gerente nocturno del parador.

Le seguía el chófer Bert Hanson llevando dos cajas sobre el ancho y recio hombro.

Gravemente saludó Andersen:

—Buenas noches, Morgan. Deja los frascos y latas donde te indique el señor, Bert.

—Un par de frascos sobre la mesa, Bert. Las latas las irá abriendo la anfitriona provisional.

Sentándose comentó Andersen:

—Ha elegido un sitio excelente, Morgan. Aceptaré una copa y volveré a mis quehaceres. Espérame en el sendero, Bert.

En las copas que había traído Mabel escanció Morgan el líquido ambarino.

Expuso:

—Me desintoxico lentamente, cambiando el coñac, que da pesadilla escalofriante, por el whisky, que dicen es un tónico cerebral, aunque atonta a muchos.

Bebió Andersen a lentos sorbos.

Al dejar la copa sobre la mesa, manifestó:

—Habiendo quedado todo aclarado, Morgan, confío en que me considerará su amistoso vecino.

—Y lejano, que es como mejor se conllevan. ¡Diantres, demontres! Reunión general, ¿o qué pasa aquí?

Andersen parecía no haberlo hecho adrede, pero al retroceder rozó con la espalda la colgante funda pistolera.

Anton Stack y Johan Brisson divergieron hacia puntos opuestos.

Stig Fulgen, avanzando, anunciaba:

—Todo a punto para celebrar el buen fin de nuestro contrato, Morgan. No debe sentir la menor alarma. Es una visita amistosa.

Asiendo la botella, bebió Morgan al gollote.

Secándose con el dorso de la mano, dijo:

—Cuidado con la intención que lleve, Stig. Si pretenden eliminarme, echarán a rodar todo el magnífico plan.

—Por favor, amigo mío, ¿qué puede hacerle suponer que somos de su misma calaña?

Con el frasco en la mano señaló Morgan hacia los cuatro puntos cardinales de la redonda estancia.

—La distribución de estos pintores de brocha gorda es amenazadora. Si esto fuera un ring, diría que sus tres compadres compinches y la lagarta quieren jugar a las cuatro esquinas siendo usted y yo el centro neurálgico.

—No se deje influir por su actual estado de depresión que preocupó a su novia este mediodía en el Glory, ratificando así la impresión del doctor que fue a consultar.

—Y yo que creía en el secreto por el juramento de Hipócrates... ¿Se supone entonces que estoy mal de la cabeza?

—No, no, ni mucho menos. Comprenderá que no le habría pagado veinticinco mil a un cretino. Usted me rindió un buen servicio. Supo llevar lejos a Orla Karen para alejar su cuerpo de toda posible relación con estos parajes.

—Listo que soy.

—Parece impresionarle el silencio con que nos escuchan.

—Lo que me desconcierta es que vaya usted a echarlo todo a perder. Ya que tiene un sumiso asesino a sueldo, no le conviene perderlo. Si aparezco muerto, ya no podrán seguir en Long Island.

Contrajo Fulgen las cejas.

Siempre con su apacible entonación comentó:

—No adivino la razón que le hace suponer que me interesa continuar por estos contornos.

—Para un talento como yo, es evidente. Si han venido a liquidarme, le voy a demostrar que es un error fatal y grave. Fatal para mí, pero grave

para usted porque destruye todo su plan, Stig.

—Me interesa sobremanera su serena exposición de talento deductivo, Morgan. No vea amenaza alguna en la actitud expectante de los otros. Escuchan.

—Como perros dispuesto a saltar al chasquido de lengua de su amo y señor.

—Pero tal vez usted les demuestre que es más inteligente de lo que aparenta.

—Voy a ello. Este caso, en que he sido el protagonista principal, tenía un punto de arranque totalmente ilógico.

—¿Cuál?

—Si le interesaba que no se propagase su otra identidad, con matar personalmente a Sara y a Orla, asunto concluido.

—Es posible que no me interesase el asesinato.

—Pero, ¿para qué me necesitaba a mí? ¿Por qué tenían que ser dos balas de aquella automática que custodia ahora Andersen las que matasen? ¿Para qué firmar recibos?

—Creí habérselo explicado todo claramente.

—No, no. Todo era muy hábil, pero excesivamente complicado. Resultaba mucho más sencillo no emplearme como asesino, salvo que para cerrar las pesquisas me descubrieran. Pero si me cogían, yo hablaría. Todo eso debió preverlo. Y falló usted.

—¿En qué detalle?

—Le falló el intento de adivinar y predecir mi reacción al descubrir en mi bolsillo los diez mil dólares. Yo tengo fama de borrachín, de bala perdida. El clisé del ex detective inquieto, del periodista entrometido. Se puede comprar. Esto creyó.

—Y creo.

—Pero pensó que al verme en posesión de los diez mil dólares, yo no preguntaría nada. Ahí es donde falló. Creyó que si yo oscuramente presintiese muy posible haber matado a Sara Jenkins, no lo relacionaría con Orla Lagerlof a la que ni conocí. Y usted con su banda de suecos, no sería nunca relacionado con estas dos muertes.

—¿Dónde va a parar con sus argumentos, Morgan?

—Ya lo oirá. ¿Los recibos famosos? Me delatan como asesino, pero sin aclarar por cuenta de quién halé del gatillo. Y se llevaron su secreto a mejor mundo Orla Karen Lagerlof y Sara Jenkins.

—En efecto. La discreción de la mujer muerta es proverbial.

—Su cinismo es de calendario provinciano, Stig. Sigamos... Todo estaba bien planeado. Yo he matado, sin saber por qué. Para usted hubiera sido mucho más económico y simple, una vez comprobado que Orla Karen había averiguado algo, irse a otro país. No lo hizo. ¿Por qué en cambio le interesaba continuar con su barcaza por esta isla?

Asintió gravemente Stig Fulgen.

Comentó apreciativo:

—De algo había de servirle la experiencia de su doble oficio, Morgan. ¿Ha deducido por qué me interesa que la chalana de los simpáticos y estrafalarios pintores siga por estos litorales?

—Son varias las hipótesis. Una, contrabando. La banda que usted dirige se compone de cuatro elementos que llevan tiempo residiendo en Nueva York. La modelo, el chófer y los dos socios propietarios del parador. Y tres elementos pintores, con barcaza de buen motor que en busca de paisajes de «costa natural» ancla en diversos lugares, como residencia flotante y móvil, cuyas singladuras no llaman la atención. «¡Bah, unos pintores, esos artistas...!», dicen los ciudadanos normales.

—Y usted no es un ciudadano normal, sino un cerebro complicado por periodista y ex sabueso.

—Vaya comprobándolo, Stig. Cuando decidió emplearme para borrar toda posible relación entre su banda y las dos muertas, yo cumplía con mi deber.

—¿Su deber?

—Acreditaba la fama que me dio Sara al hablar con Orla. Estaba bebiendo como un cosaco en el Sahara. Cuando me localizó, Mabel, bien amaestrada, me saca a respirar aires puros. Me pide un autógrafo en el interior del coche de Bert Hanson. Firmo la hoja en blanco. Y a partir de entonces, pura nube algodonosa y compacta.

—La versión del médico si no disipa sus nubes, las justifica, ¿no?

Rió Morgan acremente.

—Me encanta que la atención se redoble. Aquí, en esta soledad, acabé de encajar cada pieza del rompecabezas. Ya firmado lo que después se convertiría en recibo de pago dado por un periodista de mala reputación y en estado de embriaguez subida, que solamente podría citar a una chica que bailaba como una anguila atacada de furor sensual y que tanto podía llamarse Mabel como Myrna como Mary, cuando me detuvieran ni siquiera podría mencionar a uno solo de su banda.

—Exacto. ¿Qué más, talento?

—Pero me puse a preguntar, empecé a ponerme inoportuno, pesado. Se vio usted forzado a intervenir. Decidió darme otra ración de billetes para acallarme y aguardar una mejor ocasión. Pero ya no le convenía que la policía me detuviese. Yo les citaría a todos con pelambres y señas. No les convenía tampoco ni les conviene, largarme plomo y liquidarme definitivamente.

Solemnemente decretó Fulgen:

—El diagnóstico es patente. Manía persecutoria. Paranoia.

Atrás estalló la risita nerviosa de Mabel.

Aprobó Morgan:

—Eso es. Pesadillas, incoherencias, visita al especialista en mochaes y ahora, en mi cura y tratamiento de soledad quieta y silenciosa, exceso de visitas.

—Está en baja forma mentalmente, Morgan.

—Lo estaba al despertar en el parador y empezar a contar billetes en el taxi. Y todavía más cuando supe que Sara estaba muerta con una bala del calibre de mi automática. Rematadamente confuso cuando después leí la descripción del que acompañaba en su «D.K.W.» a la periodista Orla.

—Toque de mano maestra, ¿no?

—Pasable, en efecto. Un tipo con tirolés azul, cabello castaño y perfil duro, agresivo. Anton Stack luce un magnífico pelaje castaño y su perfil es brutal. Con un tirolés azul y provisto de mi pistola, pudo perfectamente presentarse a Orla Karen, diciéndole ser el legítimo Lionel Morgan. ¿Voy patinando bien y a modo, Stig?

—Nunca negué que es usted listo, cuando no está borracho.

—Pero por más borracho que estuviese nunca le hubiese prestado mi pistola a un desconocido. Cuando firmé lo que creía un autógrafo, Mabel me prestó un frasco metálico y bebí a gusto. Entonces empezaron las nubes de vellón. Un letargo activo. Una modorra ambulante. ¿Y por qué no simple narcótico?

—Es un buen detector mental, Morgan. Prosiga demostrándolo. Admiro la buena carburación de un cerebro que ha despertado.

—Me sumí en una modorra de verdad en el interior del coche. Se ausenta Mabel, y Bert Hanson me lleva al parador. Donde me registran como inscrito a las cinco. Mientras, Anton Stack va sembrando mis huellas. Mi supuesta persona vista por John Gibson, el gasolinero, y dos balas de mi pistola.

—Hasta aquí las acierta todas, Morgan.

—Pero, ¿por qué Stack llevó a Orla Karen fuera de la ciudad? Ella se imaginaba estar hablando con Morgan, tranquila, exponiendo a un colega sus sospechas, hasta que mi pistola la mata. Regreso de Stack a la ciudad. Mi pistola mata a la segunda persona que podía comprometer los rumbos de la chalana de los pintores. Y de nuevo el «D.K.W.» viaja para quedarse cerca del remanso donde entre artefactos de pesca fue arrojada Orla.

—¿Conclusión?

—Fatalmente un día u otro, más tarde o más temprano, la policía me acosará. Y yo solamente sabré afirmar que desperté sin recordar ni pizca de lo que pude o no hacer a partir de la una de la madrugada. Pero ya habré gastado un dinero numerado. Que corresponderá a la relación anotada al dorso de un recibo firmado por mí. ¿Por cuenta de quién maté? Ni la más remota idea. Pero la policía por fin habrá descubierto al asesino que es lo que importa, cuando reciba la relación de billetes y mis firmas. Pero ahora pregunto, Stig, ¿cree que matándome queda terminado el

negocio?

—Me toca el turno de demostrarle que soy un rival que le supera en todo, Morgan.

—A ello, tío modesto.

—La modestia es la hipocresía de los débiles. Todo ocurrió tal como ha deducido. Pero en vez de callarse, se dispuso a investigarse a sí mismo, a ir tras su propia pista. Una heroicidad absurda.

—Para algo soy genial, ¿no?

—Una heroicidad imprevisible en un tipo con la fama que le atribuía Sara Jenkins. Que dijo textualmente a Orla Karen y lo oyó Stack... «Sus sospechas podrá aclarárselas Lionel Morgan, que si bien es un vicioso de escandalosa vida privada, es inteligentísimo».

Los instintos siempre alerta de Morgan parecieron de pronto haberse adormilado.

Simultáneamente, cada uno de sus brazos fue atraído hacia atrás.

Doblados a su espalda.

Y le mantuvieron inmovilizado Stack y Brisson.

Una sonrisa amable, aunque levemente sádica, iluminó el rostro siempre serio de Stig Fulgen.

—Ya que conoce la psicología del criminal circunstancial, olvidó un punto esencial, Morgan. Me ha facilitado mucho la tarea con su visita al especialista y la confesión de sus pesadillas incoherentes a su propia novia. ¿Qué hace lógicamente un hombre mentalmente debilitado, rebosando horror al comprender que ha sido por dos veces consecutivas un asesino? Con balas del 7,65, pistola «Smith». ¿Qué hace?

—Usted es el que habla, Stig. Y decide.

Stig Fulgen lanzó en vibrante silabeo sus dos palabras que equivalían a una sentencia de muerte:

—¡Se suicida!

Andersen le entregó la «Smith» de Morgan.

El detective intentó en vano zafar su rostro hacia cuya sien izquierda aproximó Fulgen lentamente la pistola mientras agregaba:

—Se le escapó este detalle, Morgan. Cuando le dispare, limpiaré la culata que colocaré en su diestra muerta. Y habrá concluido el caso. El asesino de dos mujeres, Lionel Morgan, en un incontenible arrebato de remordimientos, justificado sobradamente por su incipiente y pregonada demencia alcohólica, se ajustició.

De nuevo fue vibrante la voz del flemático Fulgen.

—¡Buen viaje!

El disparo a bocajarro en la sien del periodista resonó amplificado en la estancia cerrada.

Los tres escandinavos se apartaron a la vez.

Suelto, Lionel Morgan alzó las dos manos en gesto espasmódico.

Como si quisiera sostenerse la rota cabeza.

Cayó de costado en la penumbra junto a los pies de la mesa.

Se removió unos instantes y quedó de bruces, tendido boca abajo, totalmente desmadejado.

Con su pañuelo limpió Fulgen la culata.

Arrodillándose forzó los dedos de la mano diestra del inerte Morgan, hasta que la pistola disparada por tercera vez, por mano ajena a la de su propietario, quedó presa en la diestra del periodista.

Anton Stack, Johan Brisson y Melba Smyrna, abandonaron la estancia.

Introdujo Stig Fulgen las enguantadas manos en los bolsillos de la colgante americana hasta que sacó el dinero que contenían.

Apartó billetes, dejando solamente nueve mil quinientos dólares en el bolsillo interior.

Y junto a ellos, el primer recibo que relacionaba la numeración.

Gustav Andersen rompió tres frascos de whisky derribándolos con la mesita.

Y comentó satisfecho:

—Perfecto, Stig. Al hombre le falló un solo detalle. No adivinar su propio suicidio.

—Si bien Mabel certifica que este hombre no escribió nada, debo cerciorarme. Que me esperen en la playa Anton y Johan. Ahora ya estaréis todos tranquilos. Nunca nos relacionarán con los dos asesinatos y este suicidio. Por unos instantes os creísteis que había sido un gran fallo mío haber elegido a este periodista como pantalla. Queda demostrado que yo nunca fallo, Gustav. Recuérdalo siempre.

—Sí. Tienes razón. ¿Te ayudo a...?

—Regresa al hotel con Bert y Mabel. Mañana noche llevará Johan a tu laboratorio las placas obtenidas en Monthawk. Anclaremos en la rada de Western Cloud. Y quedará terminado nuestro trabajo por la isla. Hasta mañana, Gustav.

Se fue el socio copropietario del parador.

Stig Fulgen se inclinó para registrar el bolsillo posterior del cadáver.

Era recio y tenía los nervios sólidos.

Pero los que había matado personalmente o inducido a matar, nunca resucitaban.

Quedó rígido al sentir en su nuca dos manos.

Las del cadáver.

Y volteado limpiamente en una llave Nelson de lucha, cuando trató de reaccionar ya tenía a Lionel Morgan montándole a caballo, hincadas las rodillas en sus costados.

Manejando con refocilamiento los dos puños en zarandeo de vaivén que impulsando los maxilares, llevaba a un lado y otro la cara de Fulgen.

Llenándole de nubes algodonosa y compactas el seso.

No sin que antes pudiera ver muy limpia, sin sangre alguna, la sien derecha del periodista de choque

CAPÍTULO XIII

Cuando tuvo conciencia de estar asimilando dónde se hallaba, Stig Fulgen suspiró apenado y dolorido.

Se veía esposado y mal sentado en un sillón.

Frente a él, Morgan.

Y atrás, sentados, dos desconocidos.

Que le presentó Morgan.

—Capitán Murdock y sargento Burns. Discúlpame, Fulgen, si trato de imitar tu tono doctoral y concluyente que era el de un jefe talentado ante sus compinches y un majadero de periodista. Me toca a mí explicarte ahora la última lección. Tú me llevaste a tu antojo aquella madrugada, y ahora desde esta mañana te he devuelto la moneda falsa. Los tuyos me vigilaban, siempre al acecho. Y te fui dando la idea. Un especialista que me receta una desintoxicación urgente, y al que hablo de recientes violencias. Una novia preocupada. Bueno, no es mi novia oficial, pero lo será. Así no habrá patrona en la agencia. No mandará, sino en su casa y como esposa mía. Tus espías te garantizaron que ni escribí ni telefoneé a nadie. Tenías, pues, a la breva bien madura y a punto de cosecha en este solitario lugar. Y tu engranaje cerebral funcionó debidamente. Tesis primera: asesinato doble, bien pagado, cometido por un periodista borrachín. Tesis segunda: suicidio. Era la conclusión obligada y moral. ¿Me iba a suicidar con pistola ajena? No, no. Con la mía propia. ¡Saltaba a la vista, mi presumido maestrillo Fulgen! Pero lo que no saltaba a la vista era que la cargué con cartuchos de salvas. Y así, todos contentos.

Refunfuñó el capitán Murdock:

—Al grano, catedrático.

—¡Va en seguida, jefe! ¿Cuántos taxis cogí, Stig? Uno para ir al médico loquero, otro para ir al Glory y otro para ir al Madison. Se sienta uno y da la dirección. Y prosigue uno procurando no mover los labios: «Oiga, no vuelva la cabeza, chófer. Conduzca con prudencia, caramba. Y después de dejarme vaya a la brigada Octava, pida por el capitán Murdock. Que envíe delante de la casa donde va ahora a dejarme, otro taxi conducido por un policía camuflado. Hágalo y cállese, buen hombre, o se pasará un año en presidio por negarse a prestar colaboración». Esto en el primer taxi. Salgo

del doctor y me meto en un segundo taxi. «Hola, Fred. ¿Qué tal? Llévame al Glory. Dile a Murdock que cuanto antes vayan a Jones Beach, saquen con cualquier pretexto al guardián, y monten micros en la estancia de la sala baja del pabellón. Y se quedan cuatro compañeros tuyos, sólidos y ágiles, en la sala alta, por si les llamo a grito pelado. Dile también que no han de asomar para nada, aunque oigan tiros, mientras no les llame. Es esencial que lo hagan todo así. Micros conectando con la sala alta y las correspondientes grabadoras».

Rió Morgan complacido.

—¿Qué tal, maestro Stig? Hablaste para mí y para aumentar la admiración que suscitas en Mabel y tus pintores. Y resulta que al final, diste toda la clave. Placas, laboratorio... Las defensas submarinas y las bases de sumergibles especiales, retratadas por cámara de fondo marino. Todo bajo el agua. Y encima, sobre el quieto mar poético, una inofensiva chalana y tres pintores, buenos chicos. ¿Reconoció Orla Karen en ti al jefe de una organización comercial de espionaje, vendiendo al mejor postor? Enchufe que te permite pagar diez mil dólares y perderlos como prueba más en mi contra. Bien, caso fallado, Stig Fulgen. Y nada de Gosta Jorgen, ex criminal de guerra como quisiste hacerme creer. ¡Tan sólo un guarro de espía que me iba a volver loco a mí!

—Fin de la sesión —decretó Murdock, levantándose.

Palmoteo en un hombro a Morgan.

—Calma, chico. Usted, Burn, agárreme a este fulano Fulgen y lléveselo con el resto de la orquesta. Redada completa, Lionel. Eres un chico listo y demostrarías serlo todavía más si te casas.

—La agencia y su dueña necesitan un hombre con mis grandes cualidades ocultas, capitán.

Estuvo completamente de acuerdo Lisbet Kristen.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO IN F PTAS. lrr -n España